

CLASES PARTICULARES



NEREA MORTE

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Epílogo](#)

CLASES PARTICULARES

NEREA MORTE

Copyright © 2023 Nerea Morte

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2310305864220

Esta novela es una adaptación del libro de ficción gay Fuera del aula, escrito y publicado por mí en 2022. Así que si lo has leído, te darás cuenta de que la historia es la misma y que lo único que cambian son los protagonistas, que en esta adaptación pasan a ser dos chicas lesbianas.

Capítulo 1

—¿No dices nada, Tania?

Abel le da un codazo y hace que se sobresalte.

—¿Qué? —pregunta desconcertada.

—Jorge, es el que te gusta, ¿no? —pregunta con una sonrisa tonta.

—¿Jorge? —Tania no entiende nada.

Su amigo señala al grupo de alumnos que se encuentra sentado frente a ellos en una de las cafeterías que hay en la misma calle de la universidad.

A Tania comienza a latirle el corazón muy deprisa, se ha quedado en blanco y nota un sudor frío bajarle por la espalda. Su amiga Marta, sentada al lado de Abel y frente a ella, la mira como si tratase de transmitirle calma, y lejos de ayudarle, eso la pone más nerviosa. Tania no estaba mirando a Jorge, y tampoco es él quien le gusta, de hecho, no hay nadie que le guste, al menos nadie que ella se permita admitir que le gusta, porque a quien Tania estaba mirando es a la joven que hay al lado de Jorge. En los dos meses que llevan de clases, ya la ha visto varias veces y conforme pasan los días, más interés le despierta. No sabe nada de ella, ni su nombre, ni su curso, ni si es novia de Jorge o de alguno de sus amigos. Solo sabe que la ve de vez en cuando, y que cuando lo hace, no puede apartar la mirada de ella.

—No, no me gusta —contesta por fin.

—Pero si no dejas de mirar hacia ellos —se ríe Abel buscando la complicidad de Marta con la mirada.

—Déjala en paz, el grupo de Jorge es muy grande, puede mirar a quién le dé la gana —interviene su amiga.

Tania vuelve a notar el sudor frío y el corazón desbocado, cada vez tiene más dudas sobre su sexualidad. No se siente como las demás chicas, ella quisiera ser como Abel, que se enrolla con todas las chicas que se le ponen a tiro y expresa abiertamente lo que opina cuando ve a alguna que llama su atención. Ella a veces hace algún comentario sobre algún chico para que su amigo no sospeche, pero es un comentario vacío y falso que después la hace sentirse mal consigo misma. A veces se siente muy confusa, y otras lo tiene muy claro, lo que la descoloca mucho y la hace sentir incómoda.

—¿No lo mirabas a él? —insiste Abel sorprendido, como si a sus ojos la única opción posible fuese Jorge, pese a que hay varios chicos más.

—No miraba a nadie, ¿de acuerdo? —se molesta Tania—, estaba pensando en el examen final de introducción a la psicología —miente, aunque es algo que también le preocupa bastante.

—Lo siento, tía, no te enfades, estabas tan absorta que creía que te lo estabas imaginando desnudo —se ríe, y se calla de golpe cuando Marta lo fulmina con la mirada.

—Que tú seas un cerdo no significa que los demás también lo sean, me voy a clase, quiero repasar un poco el siguiente tema.

Tras eso, Marta se levanta y se marcha. Tania está segura de que ella sospecha lo que le pasa. Sabe que puede confiar en ella y muchas veces piensa en confesarle cómo se siente,

es consciente de que reconocerlo es el primer paso para aceptarse y está convencida de que su amiga es la persona más adecuada para ello. Si se abriese a Marta, es posible que ella también se abriese con ella y le confesase que está enamorada de Abel. Siente lástima por ella, su amigo es muy buena persona, pero, le encanta disfrutar de su condición de soltero y no pierde oportunidad de enrollarse con cualquiera.

Tania se pregunta cómo es posible que esté tan ciego y no se dé cuenta como ella de lo que siente Marta. ¿Quizá es porque ella tiene otra manera de entender los sentimientos? Todas estas preguntas la agobian, le gustaría tener algún amigo gay con el que hablar de todo lo que siente y consultarle sus dudas, pero todo su entorno es heterosexual.

—¿Por qué se enfada? —pregunta Abel mirando a Tania, sin ocultar su cara de circunstancias.

—Porque a veces eres tonto —contesta su amiga poniéndose en pie—, venga, vamos a clase.

Abel no tiene tiempo de preguntarle a qué ha venido el comentario, porque Tania se ha levantado dando por zanjado el asunto.

Los tres estudian en la facultad de derecho el grado de Criminología, eso fue lo que los unió a ella y a Abel —que eran amigos desde hacía años— en el instituto con Marta. A pesar de conocerla desde hacía años, no habían tenido mucho trato con ella hasta que en una charla orientativa del centro donde estudiaban, los tres fueron a recoger los mismos folletos. Fue Marta la que entabló conversación con ellos para preguntarles si pretendían estudiar lo mismo que ella, y desde entonces no se han separado.

Cuando llegan al aula, Abel se va hacia el fondo como suele hacer siempre, según él, porque no le gusta sentirse observado por el profesor. En cambio, Tania se dirige hacia la segunda fila para sentarse junto a Marta, a las dos les gusta estar lo más adelante posible porque todo se ve y se escucha mejor desde ahí.

—¿Estás bien? —le pregunta a su compañera y amiga en cuanto toma asiento.

—Sí, ¿y tú? Abel es un poco gilipollas a veces —resopla Marta con agobio.

—Lo sé.

Las dos sonríen con complicidad sabiendo que no es una crítica hacia su amigo, ambas le quieren tal y como es, aunque a las dos les afecten sus comentarios de un modo o de otro.

—Si algún día quieres que hablemos tú y yo solas, solo tienes que decirlo —suelta Marta justo cuando la profesora de derecho civil entra en el aula.

Tania asiente a su amiga con la cabeza, aunque no le responde ni que sí ni que no. Sabe que tiene que hacerlo, solo necesita encontrar el momento adecuado para armarse de valor y decirle que sí, que necesita explicarle que a ella no le gustan los hombres y que está muy confusa y agobiada. Está segura de que su amiga la ayudará.

Capítulo 2

Tania llega a su casa con el tiempo justo para comer y darse una ducha rápida antes de irse a trabajar. Su madre la mira con la misma cantidad de preocupación que de respeto. A su hija no le hace falta trabajar para colaborar con el gasto de sus estudios porque, aunque en su casa no sobra el dinero, sus padres pueden permitirse pagar la carrera universitaria de Tania sin pasar apuros. Es ella la que insiste en que quiere colaborar y no ser tanta carga para ellos.

Por eso, el día que su vecino Antonio, le dijo que necesitaba a alguien que le echase una mano en la cafetería por las tardes, Tania se ofreció encantada. Va de tres a seis cada día entre semana, las horas de más ajetreo.

Cuando vuelve del trabajo, saluda a sus padres y se deja caer en el sillón completamente agotada.

—Deberías dejar el empleo, Tania —le dice su madre dejando frente a ella una bandeja con un bocadillo y un vaso de zumo de naranja recién exprimido.

—Estoy bien —contesta Tania con la boca llena después de dar un enorme bocado que ahora saborea con mucho gusto.

—Tu prioridad son los estudios, no el trabajo —insiste su madre.

—Déjala, Martina, es bueno que trabaje y sepa lo que cuestan las cosas. Nosotros no estaremos siempre —interviene su padre.

Martina está a punto de decir algo, pero el timbre de la puerta la interrumpe.

—¿Esperas a alguien? —le pregunta a Tania.

—A Marta, hemos quedado para que me ayude con el trabajo de psicología, el profesor me ha dicho que si lo hago bien, me subirá un poco la nota del examen que suspendí. Necesito que esté perfecto, de lo contrario, tendré que sacar un siete en el siguiente examen si quiero aprobar la asignatura, y lo veo difícil —dice agobiada mientras su madre va de camino hacia la puerta.

Martina abre y saluda a Marta con una amplia sonrisa. Desde que Tania se la presentó, le gustó como compañía para su hija. Conoce a una tía de Marta, por ello sabe que son una familia muy humilde y honrada, además, la chica es muy mona y educada, y ella lo segundo es una cualidad que valora mucho. Una de las mayores preocupaciones de Martina, es que Tania se haga amiga de alguna chica que sea una mala influencia para ella y la aparte de sus estudios, pero Marta no es así, ve mucha complicidad entre ellas y la chica es responsable.

—Hola, Marta, pasa. Tania no me ha dicho que venías, ahí la tienes merendando, ¿te preparo a ti también un bocadillo? —le ofrece con amabilidad.

—No, gracias, yo ya he merendado.

Tania se termina el bocadillo y se bebe el zumo de un trago antes de subir a su habitación. Durante más de dos horas, Marta trata de explicarle todos los conceptos, pero a Tania la psicología se le atraganta y cada vez está más frustrada.

—Voy a suspender —dice agobiada dejando el bolígrafo sobre los apuntes que ha ido tomando en clase.

—No digas eso, es solo una asignatura, cuando la apruebes, te olvidas de ella. Es muy

pesada, ya lo sé —le da la razón su amiga—, y a mí tampoco es que se me dé muy bien.

Tania comienza a reírse a la vez que se rasca el pelo.

—Al menos tú aprobaste el examen.

—Con un cinco justo, reconoce que no soy de gran ayuda, deberías hacer caso a tu madre y aceptar su oferta de que te paguen unas clases particulares, Tania.

—Tal vez. ¿Lo dejamos por hoy? Como lea una palabra más sobre esto, creo que me explotará la cabeza.

—Claro, yo también estoy cansada.

Marta guarda sus apuntes en la carpeta que ha traído y se pone la chaqueta dispuesta a marcharse.

—Te acompaño a tu casa —dice Tania cogiendo la suya.

—No hace falta, Tania, debes estar agotada entre las clases y el trabajo.

—Necesito que me dé un poco el aire para despejarme.

Tania se pone su chaqueta y se revuelve un poco el pelo frente al espejo que hay en la puerta de su armario. Es un acto instintivo que a Marta no le pasa desapercibido. Tania posee una melena negra ondulada que suele llevar desgreñada, lo que le da un aire travieso que atrae la mirada de muchas chicas de la universidad, aunque Tania no se da ni cuenta.

—¿Cómo ha ido? —pregunta su madre en cuanto bajan por las escaleras.

—Bueno... —cabecea su hija con una sonrisa.

—Eso es que no ha ido muy bien —deduce su padre desde el sofá.

—A Tania le irían bien esas clases que le ofrecieron —decide intervenir Marta—, yo intento ayudarla en lo que puedo, pero psicología es una asignatura en la que también voy muy justa.

—Contigo es suficiente —le agradece Tania a su amiga.

—Gracias por tu sinceridad, Marta —dice Martina ignorando a su hija—, tengo apuntados unos teléfonos que me pasó mi amiga Ainhoa, llamaré y mañana mismo me entrevistaré con ellos.

La mejor amiga de Martina es profesora y cuando le comentó el problema de Tania con la asignatura, habló con otros compañeros de profesión y le pasaron los contactos de un alumno y una alumna que habían sacado esa asignatura con muy buena nota.

—No hace falta, mamá, además, casi no tengo tiempo.

—No le discutas a tu madre, Tania, nosotros hemos aceptado que trabajes, ahora te toca aceptar a ti las clases —interviene su padre para sorpresa de todos.

Tania sonrío y se marcha con Marta. En la calle reina la oscuridad propia de principios de diciembre a las nueve de la noche. Hace frío y el ambiente está cargado de tanta humedad, que ya comienza a haber niebla.

—Cuando ahorre lo suficiente, me compraré un coche y ya no tendremos que ir andando —dice Tania soltando vaho por la boca.

—Para eso has de sacarte el carné primero —le recuerda Marta—, cuando yo apruebe el práctico podré usar el de mi madre, así que no te preocupes, seré yo quien te lleve —se burla dándole un empujón.

Tania sonrío y piensa que ese es el momento de contarle a Marta sus preocupaciones. Ya no puede aguantar más con ese sentimiento que solo ella conoce y que la está devorando.

—Necesito que hablemos de algo —dice de carrerilla.

A pesar del frío, Tania nota las axilas mojadas por culpa de los nervios.

—Claro, ¿qué ocurre? —le pregunta Marta mirando a su amiga mientras aprieta la carpeta con los apuntes contra su pecho para buscar calor en las manos.

—En realidad, no ocurre nada malo —empieza a decir Tania cada vez más agitada—, es solo que yo...

Marta se detiene en medio de la acera y agarra a Tania de un brazo con preocupación. Nota a su amiga sofocada y eso no le gusta.

—Puedes contarme lo que sea, Tania, no creo que sea tan terrible —la anima ella.

—Sé que no es malo, solo es difícil —dice cada vez más angustiada.

—¿Tiene que ver con el comentario que ha hecho esta mañana Abel en la cafetería? —trata de ayudarla Marta.

Ella está convencida de saber lo que Tania quiere contarle, pero le da miedo ser ella la que lo diga y estar equivocada.

—¿Qué comentario?

Tania se reprocha a sí misma esa estúpida pregunta de inmediato. Sabe perfectamente a qué se refiere Marta, y no comprende por qué se acaba de hacer la tonta. Marta la mira ceñuda, ahora la confundida es ella, ¿y si realmente está equivocada?

—Lo que ha dicho sobre Jorge... —aclara ella.

—Ah —responde Tania sintiéndose tonta, y empieza a caminar aturdida y muy nerviosa.

Tiene la maldita frase en la punta de la lengua y no sabe por qué no la suelta de una vez. Marta comienza a caminar tras ella sin decir nada, no quiere agobiarla ni decir nada que no deba.

—Sí que es por eso —dice Tania volviéndose hacia ella de repente.

Siente mucha vergüenza, pero decide que si no es capaz de contárselo a su mejor amiga, difícilmente lo hará con nadie más.

—Jorge no me gusta —asegura manteniéndole la mirada.

—Sí, eso ya lo has dicho esta mañana —confirma ella con prudencia.

—Ni Jorge ni ningún otro chico, no me gustan los hombres.

Tania siente tal liberación al soltarlo que hasta se nota más ligera y una sonrisa de satisfacción le ilumina la cara.

—Y a mí no me gustan las mujeres —responde Marta encogiendo los hombros—, ¿dónde está el problema?

—No lo sé —responde Tania al comprobar que ha acertado hablando con su amiga.

—Yo te lo digo, el problema está aquí —dice Marta clavándole el dedo en la frente—, no es malo que te gusten las chicas, Tania, y no has de justificarte por ello.

—Ya, pero la gente da por hecho que me gustan los hombres. Ya has visto a Abel, cada vez que hace un comentario así, me siento muy incómoda.

—Abel es un capullo muchas veces, pero no podemos culparle de algo que desconoce. Es tu mejor amigo y creo que debería saberlo.

—Ya, es que no sé cómo decírselo.

—Esto es una mierda, ¿sabes? —explota Marta enfadada—, si yo no tengo que justificar mi orientación sexual, tú no deberías tener que justificar la tuya, pero a esta sociedad de mierda todavía le falta mucho.

—Vale, tranquila —se ríe Tania agradecida—, no pasa nada. Si he encontrado el modo de contártelo a ti, encontraré el momento para contárselo a él.

Marta la abraza y le da un sonoro beso en la mejilla sin añadir nada más. Tania se lo

devuelve y piensa en abordar el tema de los sentimientos de Marta por Abel, pero decide que es mejor esperar a que sea ella la que hable, justo como acaba de hacer ella misma ahora.

Capítulo 3

Tania se ha levantado pletórica. Ha dormido del tirón por primera vez en mucho tiempo. Contarle su secreto a Marta ha supuesto para ella un alivio más grande de lo que esperaba. Cuando llega a la universidad, camina hacia la entrada lateral y espera allí a sus amigos como hacen siempre. Primero llega Abel con la cara marcada por las sábanas mientras se frota las manos para entrar en calor.

—¿Qué pasa, Tania? —dice a modo de saludo plantándose frente a ella.

—Despierta —le dice Tania dándole una torta en la cara justo cuando llega Marta.

—Buenos días, ¿apurando la cama otra vez? —pregunta mirando las marcas de Abel.

—Dormir y desayunar bien, esas son las claves para tener un buen día —contesta Abel bostezando.

Después de dos horas de clases, los tres amigos se reúnen como siempre en la cafetería. Abel parece estar despejado y no deja de hablar de una fiesta que han organizado los de segundo para Navidad.

—Será en la casa del padre de un colega, habrá música, bebida y algo para picar. No será nada multitudinario, quieren que sea una fiesta entre conocidos, pero mi amigo dice que podéis venir —les explica Abel mojando un donut en el café con leche.

—No sé, a mí no me apetece mucho, no conocemos a nadie —dice Marta, a quien la propuesta no le llama la atención en absoluto.

Saben que Abel a veces queda con otro joven de un curso superior al que conoció en el gimnasio, pero ella y Tania solo le conocen de vista.

—Nos conocemos entre nosotros, además, te presentaré a mi colega formalmente y él nos presentará al resto. Es buen tío, ya verás.

—Bueno, lo pensaré —responde Marta sin demasiada convicción.

—¿Tú qué dices, Tania? —le pregunta Abel a su amiga.

—Me pasa como a Marta, no sé si me apetece estar rodeada de gente a la que no conozco.

—Venga, joder, no seas muerma. Habrá muchos tíos —añade guiñándole un ojo.

—Prefiero a las tías —suelta Tania para sorpresa de Marta.

Le ha salido solo, sabe que no es el mejor modo, pero tampoco se le ocurre otra manera de encarar ese tipo de conversación con su amigo. Abel se queda mirando a Tania desconcertado por el comentario, lo ha pillado tan desprevenido que no sabe si se trata de una broma o se lo ha dicho en serio. Se siente confuso y no sabe qué contestar, así que ignora el hecho y da otro mordisco a su donut.

Marta no deja de mirar a Abel mientras hace esfuerzos titánicos por aguantarse la risa. Tania la mira a ella y también le sonríe con complicidad, se siente muy bien y está sorprendida de lo mucho que le ha abierto las puertas habérselo confesado a ella. Ayer a esta hora, estaba aterrada ante la idea de que alguien la pudiese rechazar por su condición sexual, pero ahora le da igual. Saber que tiene el apoyo de Marta para ella es suficiente, no ha hecho nada malo y ya no se siente mal consigo misma. Ella es así y quien realmente la quiera, tendrá que aceptarlo.

—¿Lo has dicho en serio? —pregunta Abel de repente, mirando a Tania por encima de su donut.

—¿El qué? —responde haciéndose la tonta para valorar la reacción de Abel.

—Que prefieres a las tías —responde su amigo con prudencia.

—Sí, sí que lo he dicho en serio.

Tania lo mira fijamente al responder y su amigo no le aparta la mirada. Se limita a asentir de forma pensativa mientras su mente procesa la información. Marta, a su lado, lo mira expectante, rezando para que no diga ninguna estupidez que pueda molestar a Tania, pero Abel no lo hace, y eso la enamora un poco más.

—De acuerdo, pues sí, también habrá tías, así que no tienes excusa. ¿Cuento con vosotras?

Tania sonríe aliviada y cabecea.

—Lo pensaré y te digo algo —responde tras observar la duda en el rostro de Marta.

—Está bien, pero no tardéis mucho en decidiros, tengo que decirle algo a mi colega la semana que viene como muy tarde.

—De acuerdo —responde Marta—, la semana que viene tendrás una respuesta.

—Chicos, vais a llegar tarde —les advierte Isabel, una mujer de la edad de sus madres que lleva la cafetería junto a su marido.

Los tres miran a su alrededor y se dan cuenta de que prácticamente están solos. El comentario de Tania a su amigo los ha distraído tanto que no se han dado cuenta de que los minutos pasaban con rapidez. Tania paga el desayuno de los tres y salen corriendo hacia la universidad después de despedirse de Isabel.

Durante la última hora de clase, Marta no deja de girarse hacia atrás. Tania, intrigada por saber qué es lo que tanto la inquieta, se gira también con disimulo y descubre que, junto a Abel, está sentada Nerea, y que ambos no dejan de cuchichear y sonreír. Tania lo siente por su amiga y no le dice nada, pero cuando salen de clase, le pide que se tomen algo esa tarde cuando ella termine de trabajar. Abel nunca está disponible entre semana porque le encanta pasar horas en el gimnasio alimentando sus músculos, por eso la relación de confianza entre Tania y Marta, cada vez se va estrechando más.

—De acuerdo —responde ella—, te espero en la salida de la cafetería y nos vamos a la churrería de Abel, yo invito.

—Hecho —responde Tania.

Cuando Tania sale del trabajo, Marta está en la puerta tal y como habían acordado.

—¿Qué tal ha ido? —se interesa ella.

—Como siempre, sin novedades —responde Tania, a quien lo último que le apetece, es hablar de su trabajo—, ¿y tú, cómo estás?

—¿Yo? —se sorprende Marta—, estoy bien, ¿por qué iba a estar mal?

—No quieres ir a esa fiesta de la que habla Abel, ¿verdad?

Marta la mira sorprendida por la apreciación de Tania.

—Conmigo puedes hablar, Marta, yo he confiado en ti para contarte el hecho más importante de mi vida. Confía tú también en mí.

Su amiga siente ganas de llorar en ese momento. Sabe que Tania tiene una sensibilidad especial, pero no había llegado a imaginarse que pudiese sospechar nada sobre lo que ella siente por Abel.

—Tienes razón, no quiero ir. No me apetece ver a Abel tonteando con toda la que se le ponga a tiro.

—¿Desde cuándo te gusta? —pregunta Tania conmovida por el sufrimiento que percibe en su amiga.

—No solo me gusta, Tania, estoy enamorada de él, que es mucho peor. No sabes cuánto duele ver cómo se le van los ojos hacia otras mujeres, escuchar sus comentarios o peor, cuando habla de sus líos amorosos.

—Quizá si hablas con él y le explicas lo que sientes...

Marta sonríe con cansancio mientras niega con la cabeza.

—Soy invisible para él, Tania. Jamás se ha insinuado, ni ha pretendido convertirme en una más de su larga lista. Soy tan patética que hasta aceptaría eso, ser un número más con tal de que me besase una sola vez.

A Marta comienza a temblarle la barbilla y Tania se apresura a levantarse y pagar sus consumiciones. Después coge a su amiga del brazo y la arrastra con ella hasta el parque que hay enfrente, donde se sientan en uno de los bancos más alejados de las luces de las farolas y la abraza.

Marta tiene razón, Abel jamás ha intentado nada con su amiga y tampoco le ha comentado nada a ella en las conversaciones que en ocasiones tienen ambos. Ni siquiera le ha dicho qué opinión tiene sobre Marta, y es algo que ahora que lo piensa le sorprende, porque Abel siempre hace comentarios sobre lo que le parecen todas las chicas, salvo Marta.

—Prométeme que no le dirás nada —le pide Marta entre sollozos.

—Te lo juro —sentencia Tania apretándola más fuerte contra ella.

Después de dejar a Marta en su casa, camina angustiada hasta la suya. No se le ocurre ningún modo de ayudarla y le duele verla sufrir de esa manera. Si Abel supiese lo que siente su amiga, está segura de que dejaría de hacer comentarios sobre sus conquistas delante de ella, pero le ha prometido a Marta que no le dirá nada y piensa mantener su palabra.

—Ya te he buscado quien te ayude con la asignatura —le anuncia su madre en cuanto entra por la puerta—, te dará un par de horas de clase los martes y los jueves, de siete a nueve de la tarde.

—No has perdido el tiempo —dice Tania sorprendida.

—Claro que no, hija. Tus estudios son ahora lo más importante, cariño.

—Te pagaré lo que cueste.

—No pagarás nada —sentencia su padre desde el sofá—, eso corre de nuestra cuenta, si quieres pagarnos, aprueba esa asignatura.

—Está bien —acepta Tania sabiendo que no podrá hacer cambiar de opinión a su padre.

—Perfecto entonces —dice su madre feliz—, empezarás mañana jueves. La chica se llama Sara, es alumna de tercero y sacó esa asignatura con matrícula de honor.

Su madre se ahorra decirle que ha entrevistado también a un chico, pero lo ha descartado de inmediato porque piensa que su atractivo puede distraer a Tania, y ahora no le conviene meterse en un noviazgo que le nuble la mente.

Capítulo 4

El jueves por la tarde Tania llega a su casa sintiéndose muy cansada. Está casi al final de la semana y su cuerpo lo nota. Se come el bocadillo que su madre le ha preparado y se bebe el zumo antes de mirar el reloj y comprobar que faltan quince minutos para que llegue su profesora de refuerzo.

—Voy a mi habitación, mamá. Prepararé los apuntes y el trabajo y así, en cuanto llegue, nos podemos poner de inmediato —anuncia con prisas.

—De acuerdo, Tania, la acompañaré a tu habitación —dice sintiendo cada vez más orgullo por la responsabilidad de su hija.

Tania deja la chaqueta sobre la cama y prepara todo lo que necesita. Después coge la silla plegable que siempre tiene junto al armario para cuando Marta y ella estudian juntas y la coloca al lado de la suya. Comprueba de nuevo el reloj, faltan siete minutos, por lo que decide tumbarse durante cinco para descansar. Cierra los ojos y piensa en su amiga Marta, ha mantenido su palabra de no decirle nada a Abel, pero lo que no ha permitido es que él alardease delante de ella de haberse enrollado con Nerea la otra tarde.

—No es necesario que compartas esa información con nosotras —lo ha cortado dejando a Abel descolocado.

—Solo era un comentario —ha respondido ceñudo sin comprender nada—, ¿es porque eres lesbiana? ¿Te molesta que hable de mujeres?

—Es porque eres tonto —ha saltado Marta sorprendida por la estupidez de su comentario—, voy al baño —ha anunciado poniéndose en pie y desapareciendo de su vista con rapidez.

—Estáis muy raras, Tania, tú y ella —ha dicho Abel un poco inquieto—. Últimamente, no puedo decir nada sin desairar a una de las dos. Siento lo que he dicho, es que me sueltas que te van las tías así como si nada y ahora no sé cómo debo tratarte.

Tania se ha sentido mal en ese momento. Sabe que Abel no tiene la culpa de nada de lo que pasa y tampoco quiere provocar ese malestar en su amigo.

—No has de disculparte ni tratarme de un modo diferente. Sigo siendo yo.

—Ya lo sé, pero Marta y tú, no sé, a veces creo que sobro —ha dicho jugando con el cordón de su sudadera.

—No vuelvas a decir algo así. No se trata de eso, Abel, no nos pasa nada, pero te podrías cortar un poco al hablar de tus rollos delante de Marta. Ella es más sensible —ha decidido mentir—, y no creo que le guste escuchar cómo alardeas de tus conquistas como si fuesen trofeos.

—Tienes razón, ya sabes que soy un poco imbécil a veces. A ti sí que te lo puedo seguir contando, ¿no?

—Sí, capullo, a mí sí —ha contestado riendo y provocando alivio en el rostro de su amigo.

Tania sale de su trance cuando de repente, la puerta de la habitación se abre.

—Tania, ¿qué haces tumbada? —se sorprende su madre.

—Perdón —se disculpa incorporándose de un salto, como si el colchón estuviera lleno

de chinchetas—, necesitaba tumbarme un minuto, estoy exhausta.

—Pasa, Sara, disculpa a mi hija, entre la universidad y el trabajo, la pobre anda muy cansada, aunque supongo que tú estarás igual.

Su madre se hace a un lado y Sara da un paso al frente sonriéndole a Tania, que se queda sin aliento cuando reconoce en Sara a la chica que va de vez en cuando con el grupo de Jorge. Si de lejos le parecía atractiva, lo de ahora no tiene palabras para describirlo.

Sara es igual de alta que ella, tal vez un poco más. Su pelo es ondulado y castaño tirando a rubio y brilla con fuerza bajo la luz de su habitación. Sara lleva un maquillaje muy suave que realza sus facciones y a Tania le llama la atención casi tanto como sus manos y su forma de vestir.

—Encantada, Tania —Sara le extiende la mano y ella se queda quieta como una imbécil durante más segundos de la cuenta.

Cuando por fin se la estrecha, siente una descarga recorrerle todo el cuerpo como un fogonazo que la deja sin aliento y sin entender lo que le pasa.

—Hola —contesta sofocada.

—Creo que estudiáis en la misma universidad, ¿verdad? —interviene Martina intentando que a Tania se le pase el sopor en el que parecía estar sumida cuando han entrado.

—Sí, he visto a Tania en alguna ocasión —confirma Sara acelerando el corazón de Tania como una locomotora.

Cuando su madre las deja solas y cierra la puerta, Sara toma el control de la situación. Se ha dado cuenta de lo nerviosa que está Tania y, aunque le encantaría estirar un poco esos segundos porque le parece una situación muy divertida, decide cortarla porque está allí para trabajar, y ella también es una chica responsable.

—Tu madre me ha dicho que no llevas bien la asignatura.

—No, nada bien —responde Tania sin moverse ni un centímetro.

—¿Nos sentamos y le echo un vistazo a lo que tienes ahí? —propone Sara.

—Sí, claro. Puedes sentarte en mi silla, estarás más cómoda —le ofrece Tania.

—Tranquila, en esta estoy bien, la que tiene que estar cómoda estudiando, eres tú.

Al sentarse a su lado y no tener que mirarla a la cara directamente, Tania logra calmarse lo suficiente como para hablar sin que se le trabe la lengua o se noten más sus nervios.

—Este es el examen que suspendí, y este el trabajo que debo hacer para subir un poco la nota, además de estudiar para el examen final —explica Tania.

Sara coge tanto el examen como el trabajo y los lee por encima mientras Tania la observa con disimulo. Ahora se fija con más atención en cómo va vestida y le da un repaso empezando por el jersey rojo que le sienta como un guante. Después se fija en su calzado, unas Vans de color blanco impoluto y por último, en sus vaqueros azules desgastados. Cuando se quiere dar cuenta, se encuentra mirando la delantera de Sara —tan generosa que sus curvas se perciben claramente— y se sofoca. Tania da un respingo y se pone rígida en su silla.

—¿Qué te parece si empezamos por repasar las preguntas que fallaste en el examen? —le propone Sara, ajena al bullicio que hay en la cabeza de Tania ahora mismo.

—Sí, claro.

—Nos centraremos en eso hoy, y en la siguiente clase; en el trabajo para que vayas avanzando, podemos hacerlo así. Los jueves el examen y los martes el trabajo, y dejamos

las dos últimas semanas antes del examen final para repasar todo lo que no te quede claro.

A Tania le gusta el plan que le sugiere Sara, prefiere dividir las cosas porque de esa manera no se agobiará tanto. Aunque en realidad, lo que más le preocupa ahora mismo es no lograr centrarse con ella al lado.

Una vibración en el bolsillo del pantalón de Sara sobresalta a Tania, que dirige de nuevo la mirada hacia su busto, atraída sin remedio por sus curvas.

—Perdona, he olvidado silenciarlo —se disculpa Sara sacando el móvil del bolsillo.

Tania no le responde, bastante tiene con controlar su respiración y que no se le note lo mucho que la altera Sara. Cierra los ojos con fuerza y trata de pensar en otra cosa, cuando por fin lo consigue, suspira resignada dándose cuenta de que tiene un problema muy serio. Sara le gusta, y tiene que compartir con ella cuatro horas a la semana a solas en su habitación, ¿puede haber algo peor?

Capítulo 5

—Necesito hablar contigo —le susurra Tania a Marta en cuanto entran en clase y Abel se marcha hacia el fondo.

—¿Ha pasado algo? —se preocupa su amiga—, no me digas que las clases fueron un desastre.

—Mucho peor —susurra Tania de forma dramática.

—Me asustas, ¿la chica no se explica bien? Puedes decirle a tu madre que busque a otra...

—No es eso, Marta, Sara se explica perfectamente —la corta Tania pegada a ella en los pupitres para que nadie las escuche.

—¿Entonces?

—Sara es la chica a la que yo miraba el día que Abel pensó que miraba a Jorge —suelta por fin.

—Creía que no mirabas a nadie —comenta Marta entornando los ojos.

A Tania se le acelera el corazón cuando en ese momento recuerda los ojos azules de Sara mirándola fijamente después de explicarle un par de conceptos y preguntarle si los había comprendido.

—Ya, bueno, la he visto algunas veces en la cafetería y simplemente me llamaba la atención.

—Y ahora que la has conocido te la llama mucho más, ¿verdad? —sonríe ella mientras Tania asiente con las mejillas rojas como un tomate—, suele pasar —resopla su amiga con resignación.

—¿Y ahora qué hago, Marta? Me estoy volviendo loca.

En ese momento entra el profesor de su asignatura atragantada y empieza la clase. Tania trata de prestar atención y tomar apuntes, pero Sara se le ha metido en la cabeza de un modo que no comprende y no logra pensar en otra cosa. Nunca se ha enamorado y no sabe si es eso lo que le ha pasado, pero lo que siente se parece mucho a lo que describe la gente. ¿Cómo ha podido pasarle esto justo ahora?

Cuando la clase termina, empieza la siguiente y Tania cree que no lo soportará. Necesita salir de ahí y hablar con su amiga para desahogarse, pero ni puede pedirle que abandone la clase por ella, ni a ella misma le conviene hacerlo, así que clava los ojos en la profesora y tras varios minutos, logra centrarse.

Por fin llega la hora del desayuno y Tania respira con alivio, pero se agobia otra vez cuando comprende que no está preparada para hablar de eso delante de Abel. Su amigo todavía está asimilando la noticia y no quiere provocarle un trauma hablándole de lo que empieza a sentir por su profesora de refuerzo. Además, en su opinión, Abel es muy bruto. Para su amigo hablar de sentimientos es decir que una tía está buena, en cambio, para Tania, hablar de sentimientos es explicar que cada vez que piensa en Sara, se le pinza algo en el pecho y solo puede sonreír.

Afortunadamente para ella, los astros parecen alinearse en ese momento cuando su buen amigo le dice que va a aprovechar la hora del desayuno para acercarse al banco. Abel

se sacó el carné de conducir hace poco y quiere comprarse un coche, pero para eso necesita un préstamo, porque con lo que saca ayudando en el bar de sus padres los fines de semana, no tiene suficiente.

—Os veo luego en clase —anuncia despidiéndose con la mano.

De camino a la cafetería, Tania no deja de mirar en todas direcciones tratando de encontrar a Sara. Hasta ahora no la había necesitado, pero desde que la conoció anoche, se ha convertido en una especie de droga. Todavía puede sentir el aroma de su perfume si se concentra.

—Está allí —anuncia Marta dejándola atónita.

Tania dirige su mirada hacia el lugar que su amiga ha señalado disimuladamente y ve al grupo de Jorge en una de las zonas de césped del campus donde da el sol. Los más atrevidos están sentados sobre la hierba y otros permanecen en pie. A Tania se le escapa el aire de los pulmones cuando distingue a Sara, está de pie al lado de Jorge y se ríe por el comentario que alguno de los del grupo ha hecho.

El corazón le late desbocado y siente un intenso hormigueo recorrerle el pecho en todas direcciones. Aparta la mirada confundida, sin saber cómo gestionar todo eso que siente sin que se le note, tiene la sensación de que todo el mundo percibe lo que pasa en su cabeza ahora mismo.

—Venga, vamos a la cafetería antes de que se te pare el corazón y me lo cuentas todo —ordena Marta colgándose de su brazo para obligarla a caminar.

—¿Cómo sabías que estaba ahí? —pregunta Tania en cuanto se sientan.

—¿Lo mismo de siempre, chicas? —interrumpe Isabel cuando vuelve de servir otra mesa.

—Sí, por favor, pero solo para nosotras, hoy Abel no vendrá —responde Marta.

—De acuerdo, bonita.

Isabel desaparece y Tania clava sus ojos oscuros en Marta.

—Siempre están allí, Tania —se ríe ella.

—¿Qué?

—Jorge y su grupo, siempre desayunan en el césped salvo que haga muy mal tiempo, en ese caso es cuando vienen aquí.

Tania se siente idiota en ese momento.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque me fijo en las cosas, Tania. Todos tenemos ya nuestras rutinas, además, conozco a una de las amigas de Jorge, mi equipo de voleibol había jugado contra el suyo en algunas ocasiones.

—¿Y a ella? ¿La conoces?

Tania se da cuenta de repente de que necesita saber más cosas sobre Sara, de hecho, no sabe nada.

—No, no la conozco de nada, tan solo de verla con él.

—¿Crees que son novios?

Tania se sofoca al pensarlo, nada le parece más catastrófico que eso, aunque mirándolo de otro modo, quizá sería lo que le conviene. Saber que Sara está con alguien para dejar de hacerse ilusiones.

—No tengo ni idea —sonríe Marta cogiéndole la mano—, le puedes preguntar, Tania, tú pasarás horas con ella, puedes intentar hacerte su amiga.

—¿Amiga? Si parezco tonta, Marta. Anoche fue terrible, las manos comenzaron a

sudarme y me costaba mucho decir una frase entera sin tartamudear —reconoce angustiada.

—Eso es ahora, pronto te acostumbrarás.

Marta no sabe qué decirle, conoce la timidez de Tania y también comprende que es la primera vez que se enamora de una chica. Le encantaría poder aconsejarle algo mejor, pero ella misma es el claro ejemplo del desastre, ha sido incapaz de confesarle a Abel lo que siente y se considera igual de incapaz de decirle a su amiga lo que tiene que hacer.

—¿Quieres que le pregunte a la chica del voleibol? No tenemos mucho trato, tan solo nos conocemos de eso, pero supongo que me responderá.

—No, no, no le digas nada, por favor.

—De acuerdo.

—Cuando mi madre dijo que estudiábamos en la misma universidad, ella contestó que lo sabía porque ya me había visto alguna vez. ¿Crees que eso significa algo? A mí ella no me parece lesbiana, es tan femenina... —empieza a divagar Tania.

—Eso tan solo significa que te ha visto y nada más, Tania —trata de centrarla Marta, que no quiere que se haga ilusiones y luego acabe con el corazón hecho trizas como el suyo—, si quieres saber más cosas de ella, no te va a quedar más remedio que intentar hacerte amiga suya. Puedes invitarla a un café un día bajo cualquier excusa.

—No, ni hablar. ¿Por qué iba ella a querer tomarse un café conmigo? Además, no sabría ni qué decirle.

Marta comienza a desesperarse por no poder ayudarla, pero entonces Tania se pone en pie.

—¿Qué haces? —le pregunta ella sorprendida—, todavía nos quedan quince minutos.

—Voy a seguirla, esa es la única manera que tengo ahora de saber más cosas sobre ella—, afirma convencida.

—¿Seguirla? ¿Estás loca? No puedes acosarla, Tania.

—No voy a acosarla. Solo quiero saber si sale con Jorge o cualquier otra persona del grupo, nada más.

Marta cabecea con resignación y paga los desayunos de ambas antes de salir detrás de su amiga.

Capítulo 6

Tania camina con rapidez hasta que llega al campus. Sara y sus amigos estaban en el lateral izquierdo y suspira al ver que todavía siguen ahí. Se queda junto a un árbol y saca su teléfono haciendo ver que mira algo al mismo tiempo que Marta se sitúa junto a ella.

—Esto es una locura —dice su amiga riendo, aunque en el fondo se lo está pasando muy bien.

—Será divertido —responde Tania alternando miradas entre su teléfono y el grupo de jóvenes de tercero.

—Como te pille ya verás la risa que te entra —le advierte su amiga.

Tania es consciente de que no está bien lo que hace y de que ese no es el mejor modo de intentar saber cosas sobre alguien, pero es algo superior a ella. Necesita saber cosas de Sara cuanto antes. No le importa si son buenas o malas en este momento, lo único que desea encontrar es algo que le indique tanto si tiene posibilidades como si no las tiene. Así sabrá a qué atenerse.

Los que estaban sentados en el césped se levantan y todo el grupo se pone en marcha para entrar en clase. Sara se ha quedado un poco rezagada tecleando algo en su móvil y Tania no puede evitar sentir una punzada de ansiedad en la boca del estómago cuando la ve sonreír.

—¿Y si tiene pareja y no es nadie de ese grupo? —le pregunta a Marta—, en ese caso me va a ser muy difícil averiguarlo.

—Lamento ser una aguafiestas, Tania, pero en caso de que esté con alguien, yo optaría por esa opción—, responde Marta con total seguridad.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Tania girándose hacia ella.

—Si fuese novia de alguien de ese grupo, ¿no crees que tendrían una actitud un poco cariñosa?

—Tal vez no sean una pareja de esas a las que les gusta alardear de su amor —Marta la mira alzando las cejas—, ya, suena raro —admite a regañadientes.

Cuando el grupo les da la espalda, Tania y Marta caminan tras ellos a una distancia prudente. Al entrar en la facultad de derecho, dos de los del grupo suben por unas escaleras y el resto lo hace por otras. Tania no duda y sube detrás de Sara a pesar de que por ahí no se va a su aula. Marta la sigue con resignación, pero divertida por la situación. No tenía ni idea de que a Tania le gustaba esa chica, y tampoco de que su amiga iba a sufrir un flechazo con todas las letras, pero piensa ayudarla en lo que le pida para que al menos una de las dos triunfe en el amor.

Justo en el momento que llegan al final de la escalera y cuando parece que Sara se va a perder por alguna de las puertas del pasillo, esta se gira de repente y Tania se detiene en seco provocando que Marta tropiece con ella y esté a punto de caerse. Tania, roja de vergüenza y con el corazón martilleando su cuerpo sin compasión, agarra a su amiga justo a tiempo de que se caiga al suelo. Sara clava la mirada en ella y arruga el ceño mostrando su confusión al ver a Tania por allí, y justo cuando va a preguntarle si están bien o si la buscaba para algo, Tania se da la vuelta arrastrando a su amiga con ella escaleras abajo.

—¿Crees que nos ha visto? —pregunta con la respiración agitada como si viniese de correr.

—¿Qué pregunta es esa? —se sorprende Marta—, claro que nos ha visto, Tania, nos ha visto todo el pasillo, por poco haces que me mate —le reprocha golpeando su hombro sin aguantarse la risa.

—Lo siento, madre mía, qué vergüenza —dice acalorada.

—¿Por qué has huido de esa manera? La tenías delante, Tania, podrías haber aprovechado la ocasión.

Tania coge la mano de Marta y la coloca en su pecho para que note los latidos de su corazón.

—Por esto —añade cuando ella se queda quieta notando la palpitación de su pecho en la mano.

—Vaya —se sorprende riendo—, sí que te ha dado fuerte.

—Joder, ¿cómo voy a mirarla a la cara el martes?

—No has hecho nada malo, Tania. Te disculpas por haber sido una grosera y le dices que tenías prisa porque llegabas tarde a clase. Ya está —concluye su amiga sin mayor problema.

A Tania le gustaría ser tan resolutiva como Marta, y también tener la serenidad que tiene ella y dejar de comportarse como una cría. Ella tiene razón, puede intentar entablar conversación con Sara durante sus clases, ese es el mejor modo de conocer a alguien. Pensarlo parece fácil, sin embargo, ella sabe que cuando la tenga al lado no podrá hacerlo, porque la presencia de Sara la pone muy nerviosa, hasta el punto de que se siente tonta.

Sara entra en su clase desconcertada. Se ha girado porque le ha parecido escuchar a alguien llamarla y de repente se ha encontrado con Tania.

—¿Conocías a esas chicas? —le pregunta Jorge cuando se dirige a su sitio.

—A una sí, se llama Tania y va a primero, es a la que le di clase ayer. La otra debe ser compañera suya.

—¿Has dicho que va a primero?

—Sí —responde Sara.

—¿Y qué hacía aquí?

Eso mismo se pregunta Sara, no se le ocurre ningún motivo para que Tania y su compañera estuviesen en su pasillo. Lo primero que se le ha pasado por la cabeza cuando la ha visto, es que a lo mejor necesitaba comentarle algo, pero después ha salido despavorida como si hubiese visto un fantasma.

Sonríe al recordar la escena. Tania deteniéndose en seco y su compañera arrojándola como un tren de mercancías. Más tarde recuerda las mejillas ardientes de Tania y como ha cogido a su compañera y ha huido del pasillo como si la acabasen de descubrir cometiendo un crimen.

—Sara —la llama Jorge golpeando su hombro.

—Perdona —se disculpa todavía con su característica sonrisa traviesa—, no tengo ni idea de lo que hacían por aquí. Quizá buscaban a algún amigo.

—Me han parecido un poco raras —dice él haciendo un mohín de disgusto.

A Sara no le gusta el comentario, pero no le dice nada porque no tiene ganas de discutir con Jorge.

Cuando termina la siguiente clase y, mientras esperan a que llegue la profesora, Marta saca su móvil y abre una de sus redes sociales. Tania la mira de reojo una vez y después se

limita a apoyar la espalda en la silla y estirar las piernas mientras se pregunta con qué cara mirará a Sara el martes cuando vaya a su casa a darle clase. Tiene que buscar una forma de abordar el tema de lo que ha pasado hoy y aclarárselo, lo último que necesita es que se piense que es una niñata. A veces ella misma considera que lo es, no hace ni veinticuatro horas que la ha conocido y ya está actuando como una idiota. Se dice a sí misma que este fin de semana no va a pensar en ella, necesita estudiar y estar centrada, no perdiendo el tiempo imaginando cómo puede ser ir una tarde al cine con Sara o dar una vuelta por la ciudad conociéndose mejor.

—Vaya, qué mala pata —dice Marta a su lado.

—¿Qué pasa? —se interesa Tania.

—He pensado que en lugar de perseguir a Sara por el campus como dos psicópatas podríamos averiguar algo sobre ella en sus redes sociales. Me he metido en el perfil de la chica que conozco de voleibol y he encontrado a Sara entre sus amigos, pero tiene el perfil privado.

—¿La has encontrado? —pregunta Tania con el corazón acelerado.

—Sí, es esta, ¿verdad? Sara Atenza.

Tania le arranca el teléfono de las manos a su amiga y amplía la foto de perfil de Sara. Está sentada sobre un muro en el paseo marítimo con el mar detrás. La foto debió ser tomada en verano, porque va en pantalón corto, camiseta de tirantes y unas chanclas.

—Se te está cayendo la baba —se ríe Marta quitándole el teléfono.

Tania respira profundamente y vuelve a su posición sabiendo que está perdida.

Capítulo 7

Tania ha estado nerviosa todo el fin de semana, a pesar de que ha intentado por todos los medios no pensar en Sara, le ha sido imposible.

—No se puede controlar, Tania —le dijo Marta el sábado por la tarde cuando ellas y Abel quedaron para dar una vuelta por el centro comercial.

Tania aprovechó que Abel fue al baño para desahogarse con su amiga.

—¿No se lo vas a decir a Abel? —le preguntó en un susurro.

—Sí, claro. En cuanto se tercie se lo soltaré.

—Espero que seas menos agresiva que cuando le dijiste que eras lesbiana —se rio Marta.

—Bueno, tampoco se lo tomó tan mal, ¿no?

—¿De qué os reís? —preguntó Abel sorprendiéndolas al volver.

—De la cara que se te quedó cuando Tania te dijo que le gustaban las mujeres —se sinceró Marta.

—Ah, eso —dijo sin darle importancia—, ¿habéis decidido ya lo de la fiesta que os dije?

Tania clavó la mirada en Marta dispuesta a hacer lo que ella dijese. Conocía los motivos por los que su amiga no quería ir y ahora la comprendía mejor que nunca. Se ponía en su situación y tenía claro que a ella tampoco le gustaría estar en un lugar en el que sabría con toda seguridad que Sara se enrollaría con otras personas.

—¿No teníamos una semana para contestar? —preguntó Marta para salir del paso.

—¿Y tienes intención de apurar todos los días? —le contestó Abel bromeando.

—Del mismo modo que tú las horas en la cama.

Tras el último comentario los tres comenzaron a reír y cambiaron de tema para elegir la película que verían en el cine.

Tania recuerda eso mientras espera en su habitación a que pasen los minutos hasta que Sara llegue a darle las dos horas de repaso de los martes. Está nerviosa, nota las axilas húmedas y se levanta por segunda vez para ir al baño a echarse desodorante. Cuando sale al pasillo, se cruza con su padre saliendo del despacho. El hombre mira el reloj y después le da un apretón en el hombro a Tania de modo afectuoso antes de seguir su camino y bajar al salón con su madre.

Tania se siente incómoda en ese momento, sabe que otra tarea pendiente que tiene es la de hablar con sus padres. Odia esa sensación de tener que dar explicaciones por ser como es, pero ellos son el último paso, aquellos a los que además de sus dos mejores amigos, siente que se lo debe contar personalmente. El resto del mundo le da igual. Cuando está a punto de entrar en su habitación, escucha el timbre y se sobresalta. El sudor frío vuelve y su corazón se acelera hasta parecer una locomotora.

Martina abre la puerta y recibe a Sara con una sonrisa que ella le devuelve. La madre de Tania le cae bien, le parece agradable y sincera.

—No hace falta que me acompañe, ya sé el camino —le dice Sara tras saludarla.

—De acuerdo, toda tuya —dice Martina cerrando la puerta.

Sara sube los escalones de manera rápida y, cuando llega al pasillo, se encuentra a Tania en la puerta de su habitación. Se detiene en seco sorprendida de verla ahí y piensa en el encuentro del otro día. Había considerado preguntarle el motivo de que huyese de ese modo, pero al mirarla a los ojos, Tania baja la mirada y traga saliva.

—¿Qué tal, Tania? —pregunta dándole dos besos.

Decide no hacer ningún comentario sobre el pequeño encuentro porque nota a Tania nerviosa. No sabe por qué, pero eso le gusta, la timidez de Tania le parece encantadora.

—Bien —responde recibiendo esos dos besos con un rubor que la sofoca.

Cuando sus rostros se rozan, Tania vuelve a sentir esa descarga eléctrica recorriendo todo su cuerpo. Sara ha prolongado unos instantes más de la cuenta ese saludo, ha sido un gesto involuntario, lo ha hecho porque le gusta mucho como huele Tania y trataba de adivinar su perfume. Cuando se han separado, se ha percatado del rubor que le produce su presencia y tiene que contener una sonrisa.

—¿Vamos allá? —propone Sara tratando de que Tania reaccione.

Ella afirma con la cabeza, abre la puerta de su habitación y le cede el paso a Sara. Cuando esta pasa y le da la espalda, ella vuelve a olerse la axila preocupada, porque desde que la tiene delante de nuevo, está más sofocada que antes. Sara se sienta en la silla plegable, saca sus apuntes de primero de la mochila que ha traído y los coloca sobre la mesa.

—Te he traído esto. Son los resúmenes que yo utilizaba para estudiar, si entiendes la letra, te los puedes quedar hasta que apruebes.

—Mucha confianza tienes en que lo conseguiré —responde Tania agradecida.

—Claro que la tengo. Y tú también deberías, no será la única asignatura que se te atragante durante la carrera, pero en realidad, a mí son las que más me gustan, porque cuando las apruebas, te sientes mucho más satisfecha. Ya verás —afirma Sara tan convencida que a Tania no le queda más remedio que creerla.

—Muchas gracias, te prometo que te los devolveré tan im-polutos como están.

—Estoy segura, ahora vamos a ver ese trabajo que tienes que hacer y a darle un buen empujón.

Durante una hora y media, Tania logra centrarse en lo que Sara le explica. La clave está en mantener la mirada clavada en la hoja y no en ella.

Sara siente que los minutos vuelan, a ella siempre le ha gustado enseñar y en ocasiones se pregunta por qué no se decantó por magisterio. Tania es una alumna atenta y entregada y eso le gusta, no soporta cuando otros alumnos a los que ha dado clase, se distraen con facilidad y tiene que llamar su atención cada dos por tres.

Sara hace una pausa y se aclara la garganta, lleva rato hablando y siente la boca seca.

—Espera, voy abajo y te subo un vaso de agua —dice Tania sin esperar a que conteste.

Agradece el detalle y mientras espera, observa la habitación de Tania. Se fija sobre todo en las dos fotos que hay en una de las puertas del armario. En una de ellas sale junto a la chica que iba con ella el otro día y otro chico más al que también ha visto en compañía de Tania. En la otra está sola, mirando hacia la cámara con la sonrisa más sincera que Sara ha visto en su vida. Su corazón se acelera en ese momento y siente la tentación de extender la mano para tocar la foto, pero Tania entra en la habitación en ese instante y Sara vuelve a carraspear, esta vez para sacar ese nudo extraño que se le ha formado en la boca del estómago.

—Gracias, Tania —dice aceptando el vaso y bebiéndoselo casi de un trago.

—Si quieres más, me lo dices.

—No es necesario, con esto es suficiente, muchas gracias.

Tania se sonroja y le sonríe del mismo modo que lo hace en esa foto y, por primera vez, Sara tiene que contener el impulso que la sorprende con unas ganas locas de inclinarse hacia ella para besarla.

—¿Seguimos? —pregunta Tania nerviosa al percibir la mirada azulada de Sara sobre ella.

—Por supuesto, perdona.

Los siguientes minutos no son como los primeros. Sara está deseando que termine la clase para salir a la calle y que le dé el aire. No sabe por qué se ha puesto así y eso la enfurece. Está acostumbrada a dominar sus emociones con relativa facilidad y las cosas que escapan a su control, la ponen tensa como ahora.

—¿Lo dejamos aquí? —dice Sara cuando Tania es incapaz de contener un bostezo.

—Lo siento, es que estoy agotada —se disculpa Tania abochornada.

—Tranquila —se ríe Sara tras bostezar contagiada por Tania.

A Tania le fascina la sonrisa de Sara y también la naturalidad con la que vuelve a hablarle después de los últimos minutos en los que las dos han estado en tensión.

—Te debo haber dejado la cabeza como un bombo —sonríe Sara tras recobrar la serenidad.

—Para nada, si el profesor explicase las cosas como tú, te aseguro que no necesitaría clases de refuerzo.

—En ese caso me alegro de que no se parezca a mí —responde Sara.

A Tania se le desboca el corazón al escucharla. Trata de mantenerse calmada y que su lado racional sea el que predomine dejándole claro que ese comentario es simplemente porque para Sara, las clases con Tania son un negocio. Pero, por otro lado, está su lado sentimental, ese que por unos segundos le ha hecho pensar que quizá es porque a Sara le gusta pasar tiempo con ella. Sacude ese pensamiento con rapidez porque le parece absurdo, apenas se conocen.

—Bueno, Tania, ya es la hora. Te dejo que descanses. Nos vemos el jueves.

—Claro —responde atontada.

Capítulo 8

—¿Cuándo piensas contarle a Abel que te gusta Sara? —le pregunta Marta a Tania con una mueca de disgusto.

Cada vez que quieren hablar sobre el tema tienen que cuchichear en la clase como ahora o esperar a que Abel se marche al baño.

—Ya te lo dije, en cuanto se dé la ocasión, lo haré, pero no voy a sacar el tema a propósito.

—Como quieras —dice Marta con resignación—, me he enterado de algo que quizá te interese.

—¿Sobre Sara?

—Aja... —contesta haciéndose la interesante.

—¿Y me lo piensas contar?

Marta se ríe de la desesperación de su amiga.

—Va a participar en esta carrera —dice colocando un folleto sobre la mesa.

Tania se hace con él con un gesto rápido y lo lee con detenimiento. Se trata de una carrera de obstáculos benéfica que se celebra ese mismo domingo.

—¿Cómo sabes que va a participar?

—Porque la he escuchado decirlo. Cuando he salido del baño, ella, Jorge y otro chico de su grupo estaban en el pasillo hablando de esa carrera. Me he hecho la remolona un poco disimulando con el móvil hasta que he escuchado a Sara advertirles que los iba a ganar.

—¿Estamos a tiempo de apuntarnos? —se desespera Tania mirando la parte trasera del folleto.

—Claro —responde Marta con tranquilidad—, no es un evento oficial, la organiza el ayuntamiento, el plazo de inscripción está abierto hasta dos horas antes del inicio de la carrera. Lo pone ahí abajo —le indica señalando con el dedo justo cuando la profesora hace acto de presencia.

Tania lo dobla y se lo guarda en el bolsillo.

Cuando llega la hora del desayuno y los tres se sientan en la cafetería, Tania saca el folleto y lo coloca sobre la mesa con tal ímpetu, que Marta se sobresalta.

—¿Eres tonta? —pregunta dándole una torta en el brazo ante la risa de Abel.

—Perdona —se ríe también Tania.

—¿Qué es esto? —Abel coge el folleto y lo mira con interés.

—Una carrera de obstáculos. Tenemos que ir —dice Tania convencida, como si no hubiera más opciones que la de asistir.

A Abel se le dibuja media sonrisa divertida y mira a Tania.

—A ti se te da fatal el deporte, Tania, eres muy torpe.

—Gracias, no es necesario que me lo recuerdes, aun así, hemos de ir —insiste.

—¿Cómo que hemos de ir? —la provoca Abel intrigado por el empeño de su amiga.

Marta mira a Tania de forma inquisitiva y esta suspira.

—La chica que me gusta va a participar y yo también quiero ir —dice de carrerilla—, ya está, ya lo he dicho.

Abel la mira sonriendo y asiente.

—Así que la chica que te gusta, ¿eh? ¿Y puedo saber quién es?

—Una chica de tercero, no la conoces —trata de quitarle importancia Tania.

—¿Qué sabrás tú a quién conozco? Venga, ¿no le vas a decir a tu mejor amigo quién es? No será Marta, ¿verdad? —pregunta de repente.

—Perfecto, acabas de caer en el tópico —bufa Marta poniendo los ojos en blanco—, a veces pareces tonto.

A Abel la última afirmación de Marta se le clava como un dardo en el centro del pecho. Es la única mujer a la que a él le gustaría impresionar, y que opine eso de su persona le duele. Ella por su parte se siente hipócrita, sabe que ha hecho ese comentario por puro despecho, porque está dolida con Abel. Sin embargo, no se siente orgullosa de haberlo dicho, sabe que es ella la que tiene la obligación de decirle a Abel lo que siente, pero el miedo al rechazo la mantiene ahí, sufriendo en silencio como si su amigo fuese una almorrana.

—Se llama Sara. Es una chica casi rubia que siempre está en el grupo de Jorge —aclara Tania para rebajar la tensión que se ha instalado entre sus dos amigos.

—¿Sara Atenza? ¿La hermana de Jorge? —pregunta Abel dejando atónita a Tania.

—¿Hermana de Jorge? —pregunta Marta tan sorprendida como su amiga.

—Pues parece que sé yo más que vosotras —se jacta Abel recuperándose del dardo de Marta.

—¿Qué sabes? —insiste Tania intrigada.

—Sara y Jorge son hermanos mellizos.

—¿De verdad? —exclama con los ojos muy abiertos—, ¿cómo lo sabes?

—Eso no importa, la cuestión es que lo sé —dice Abel restándole importancia.

Pero Tania necesita detalles, todo lo que tenga que ver con la vida de Sara, le interesa soberanamente, así que insiste, y después se arrepiente.

—Venga, dime cómo es que lo sabes. ¿Sois amigos?

—No, exactamente —suspira con cansancio Abel—, me enrollé con una amiga de Jorge, ella me lo contó.

Tania se queda paralizada sintiéndose estúpida y mira de inmediato a Marta, a quien encuentra con la mandíbula tensa y el ceño fruncido mirando fijamente hacia un lugar indeterminado del ventanal.

Tania mira a Abel y este le hace un gesto indicándole que ha sido culpa suya.

—Ya es la hora —anuncia Marta como si se alegrase—, voy a pagar y nos vamos.

—De acuerdo —responden los dos al mismo tiempo.

—¿No quedamos en que no harías comentarios de ese tipo delante de ella? —le recrimina Tania.

—Ha sido culpa tuya, si no hubieses insistido con tus preguntas, yo no hubiese dicho nada —se defiende Abel.

—Podrías haberte inventado cualquier excusa, joder. A veces parece que te guste alardear de tus conquistas delante de ella.

Tania se pone en pie enfadada y Abel la sigue sin decir nada. Piensa en las palabras de su amiga y se pregunta si tiene razón, pero no, no la tiene. Él no hace esos comentarios delante de Marta para fanfarronear, lo hace porque necesita averiguar si le molestan, no obstante, desde que Tania le dijo que dejase de hacerlo porque como mujer podía ofenderla, ahora tiene más dudas que antes. Él suponía que a lo mejor Marta podía estar sintiendo algo

por él, pero como es tan cobarde no se atreve a preguntarle. Y después de las palabras de Tania todavía menos, porque ella tiene razón, quizá esa manera esquiva de mirarle o la incomodidad que notaba que sentía últimamente su amiga, puede que fuesen sólo por eso, que como mujer le molestan sus comentarios de hombre de las cavernas.

—No fue nada lo que tuve con esa chica —trata de aclarar Abel cuando los tres abandonan la cafetería.

Tania lo mira sin comprender a qué viene el comentario.

—Pues qué bien —dice Marta como si no le importase.

—Es verdad —añade Abel agobiado, sin saber por qué demonios necesita justificarlo tanto.

—Vale, nos parece bien —interviene Tania, que sabe que como sigan con el tema, Marta puede acabar explotando—, pero no me has contestado. ¿Me acompañas a la carrera?

—Ah, eso —dice Abel, que parece que ha olvidado el motivo verdadero de la conversación—, sí, claro. Aunque ya sabes que soy muy competitivo, así que no pienso esperarte si te quedas atrás —dice divertido dando un codazo a Tania.

—Gracias por venir. ¿Y tú? ¿Me acompañas? —pregunta pasando un brazo por los hombros de su amiga para atraerla hacia ella en un abrazo cariñoso.

—No sé, a mí no me entusiasma la idea.

—Venga, será divertido —la anima Abel, colocándose a su otro lado e imitando el gesto de su amiga.

Marta se siente tan bien en ese momento que se le forma un nudo en la garganta. Jamás había sentido a Abel así de cercano ni tenido la oportunidad de notar el calor que desprende su cuerpo.

—Está bien —acepta feliz.

—Perfecto, el domingo ganaré esa carrera —alardea Abel divertido.

—Ahora ya no tendrás que perseguir a Sara por el campus, podrás hacerlo en la carrera —le dice Marta a Tania en broma, haciendo que Abel las mire estupefacto.

Capítulo 9

Cuando llega el día de la carrera Tania está más nerviosa que nunca. El jueves, en las dos horas de clase que Sara le dio, pasó algo que la tiene realmente inquieta.

Tania sentía que avanzaba a pasos agigantados con la asignatura. No sabe si es por el modo de explicar que tiene Sara o porque simplemente todo lo que sale por su boca a ella le genera un especial interés, pero cualquier concepto que le explica se le queda grabado a fuego. Además, no solo memoriza, sino que comprende las explicaciones y por primera vez piensa que la asignatura no es tan aburrida como ella se pensaba.

—Creo que sí que puedo aprobar —dijo de repente interrumpiendo a Sara, que la miró sorprendida y después sonrió.

—¿Es que habías considerado no hacerlo en algún momento?

—Bueno, la verdad es que me costaba tanto que no veía la manera de conseguir ni el mínimo de la nota necesaria para aprobar.

—¿Y qué ha cambiado ahora? La asignatura sigue siendo la misma.

Sara conocía la respuesta, pero quería escucharla de boca de Tania.

—Tú, supongo —dijo sonrojada.

Sara le sonrió de nuevo y Tania sentía que le explotaba el corazón dentro del pecho. Volvía a percibir ese sudor nervioso recorrer su espalda y notó una sacudida cuando Sara le dio un apretón en el hombro.

—Yo solo te estoy ayudando a entenderlo, el esfuerzo lo estás haciendo tú.

La intención de Sara era transferirle confianza y hacerle ver que el mérito no era suyo, pero lo único que logró fue que ambas se pusiesen nerviosas, porque aquel contacto también estremeció a Sara y volvió a ponerse en tensión al darse cuenta de que algo le estaba pasando con Tania.

Apartó la mano, carraspeó y se recolocó en la silla mientras trataba de poner en orden sus pensamientos y averiguar en qué momento había pasado.

—Di algo, me estoy poniendo nerviosa —le pidió Tania agobiada tras un largo minuto de silencio.

Sara la miró sin saber qué hacer, se sentía responsable de la situación. No solo por ser dos años mayor que Tania, sino porque como ella era la profesora, Tania había asumido un papel de sumisión que no se atrevería a romper bajo ningún concepto. Era ella quien tenía que poner orden como si fuese un aula o tomar el control para proteger a una alumna que parecía estar perdida.

Tuvo claro en ese momento que para Tania todo era nuevo y estaba muy asustada.

—Perdona —se disculpó mirándola de nuevo.

Sara se revolvió un poco el pelo como suele hacer cuando está nerviosa y necesita pensar, y después clavó sus ojos azules en Tania.

—Ahora no sé qué decir, Tania.

De repente Sara sintió un burbujeo de ansiedad en la boca del estómago. Quería acercarse a Tania, miraba sus labios y se ponía enferma de ganas de besarla, el corazón le latía en cada terminación nerviosa y le costaba mantener el ritmo de su respiración a unos

niveles normales, sobre todo cuando notó que su entrepierna también tomaba partido en el asunto y su sexo palpitaba con anhelo.

—Dame un minuto —le pidió poniéndose en pie.

Sentía un calor insoportable en esa habitación. Le era imposible pensar en nada que no fuese acercarse a Tania, que la miraba desconcertada y a la vez desesperada porque hiciese todo lo que se estaba imaginando. Porque Tania se había dado cuenta, por muy nueva que fuese con las mujeres, la expresión corporal y la mirada encendida de Sara eran evidentes.

Tania también se puso en pie y fue hasta la ventana abriéndola de par en par para que entrase el aire. Se apoyó con ambas manos en el marco y suspiró hasta llenar sus pulmones de aire puro en un intento desesperado de calmarse.

Tras unos segundos, y en completo silencio, Sara se colocó a su lado imitando su posición y también aspiró varias veces hasta que consiguió relajarse. Permanecieron en silencio una al lado de la otra, pero sin sentir la tensión que se había instalado en la habitación momentos antes.

—Sé que tendría que decir algo, Tania, pero estoy en blanco, no entiendo qué ha pasado.

—No pasa nada —respondió casi sin voz.

Sara no mentía cuando dijo que estaba bloqueada. Necesitaba aclararse. Empezaba a sentir cosas por Tania, eso lo tenía claro. Pero tenía que saber hasta qué punto llegaban esos sentimientos antes de intentar nada, lo último que quería era hacerle daño a su nueva alumna.

—Puedo marcharme ya si quieres, Tania, le devolveré el dinero de la clase a tu madre.

—No, no quiero —protestó ella mirándola fijamente—, ¿no podemos seguir como si no hubiese pasado nada? ¿De verdad quieres irte?

—No, pero tampoco quiero que te agobies o estés incómoda.

—Yo estoy bien.

—No es verdad —sonrió Sara dejando que de forma sutil su dedo meñique rozase el pulgar de Tania, que seguía teniendo la mano justo al lado de la suya.

Necesitaba comprobar si las señales que percibía en Tania eran reales o solo fruto de su imaginación desbordante.

Las dos se estremecieron ante el contacto y se miraron conteniendo la respiración, hasta que Tania, abrumada por la situación, bajó la mirada incapaz de sostenerla por más tiempo.

Sara se giró y apoyó el culo en el marco de la ventana, se cruzó de brazos y miró a Tania otra vez. Contuvo el impulso de agarrarla y colocarla delante de ella. Logró por fin anteponer la razón considerando que era demasiado pronto por varias razones. Por un lado, apenas conocía a Tania, y por otro, era su alumna. Martina la había contratado para darle clases, no para seducirla, por no hablar de que Tania necesitaba aprobar esa asignatura. Así que decidió en ese mismo momento que se contendría, por el bien de Tania y por el suyo, no sabía si estaba preparada para librar otra batalla con su familia.

—¿Estás bien? —preguntó Tania tras notarla ausente.

Sara sonrió y se dio cuenta de que a cada minuto que pasaba, Tania le gustaba más, pero tenía que mantener la calma y se recordó a sí misma la promesa que se había hecho. Nada de líos hasta acabar la carrera.

—Sí, no te preocupes. ¿Seguimos?

Así zanjó Sara el momento de tensión, y Tania se quedó con la peor de las sensaciones: la incertidumbre.

Capítulo 10

Marta se frota las manos al lado de Tania mientras esperan a Abel.

—No comprendo que organicen una carrera como esta en pleno mes de diciembre — protesta Marta temblando de frío.

Tania se ríe y asiente con la cabeza completamente de acuerdo con su amiga. Ayer estuvo echando un vistazo a las pruebas y hay una de ellas que incluye una enorme zanja llena de agua en la que tendrán que meterse.

—Y tenemos que dar gracias a que al menos hace sol, cuando nos metamos en el agua, es probable que muramos congeladas.

—No seáis exageradas —dice Abel apareciendo por fin—, esa es la última prueba, y para cuando lleguemos a ella tendremos tanto calor que estaremos deseando entrar, ya veréis.

Marta no dice nada, se limita a observar el que para ella es el cuerpo perfecto de Abel. Tania por su parte, no deja de mirar en todas direcciones tratando de localizar a Sara, pero hay tanta gente que le es imposible verla.

—¿De dónde salen? No sabía que fuésemos tantos en la ciudad —bufa Tania.

—Estas carreras tienen muchos seguidores, seguramente hay gente de todos los pueblos cercanos. Lo que no saben es que van a perder —añade Abel divertido.

—Qué fanfarrón eres —suelta Marta contagiada por su amigo—, que sepas que te voy a ganar.

—¿De verdad?

Abel mira a Marta sonriente como lo que ella consideraría un gilipollas. Le gusta esa vena de competitividad que acaba de sacar y está deseando que comience la carrera para ver si su amiga cumple lo que ha dicho.

Cuando los altavoces anuncian que está a punto de iniciarse la carrera, Tania no puede estar más nerviosa. No ha visto a Sara por ningún lado y su inseguridad la lleva a preguntarse si no se habrá enterado de algún modo de que ella también participa y ha decidido no ir para no encontrársela. Ese pensamiento le provoca un pinchazo agudo de dolor en el pecho.

—No te rayes, Tania —la anima Abel al verle la cara—, seguro que aparece —añade dándole una palmada en la espalda.

Tania agradece mucho el apoyo de sus amigos, tanto que ni siquiera es capaz de verbalizarlo. La voz de los altavoces anuncia una cuenta atrás y todo el mundo se agolpa en la salida. Tania calcula que al menos hay trescientas personas ocupando la calle dispuestas a salvar obstáculos y tiene claro que cuando empiecen a correr, le será imposible encontrar a Sara.

Un petardo retumba y los primeros participantes arrancan a correr seguidos de todos los demás.

—Te voy a dar una paliza —le asegura Marta a Abel empezando a correr.

Los tres inician la carrera siguiendo al pelotón por la calle. Poco a poco se empiezan a espaciar y Tania no se siente tan agobiada. Tuercen a la derecha y se meten por el inmenso

parque de la ciudad, donde los organizadores, utilizando vallas, cintas y cuerdas, han delimitado el paso para conducirlos por donde quieren a través de las diferentes pruebas.

Lo primero que encuentran para su sorpresa, es una zona cubierta con más de un metro de espuma lanzada con cañones que a Tania le recuerda las fiestas del barrio. Marta es la primera en meterse entre risas y salpicar a sus amigos sin dejar de correr. Apenas corren unos veinte metros por ahí, pero cuando salen están empapados.

Marta y Abel van ganándole terreno, a Tania nunca le han gustado los deportes y, aunque está en buena forma, empieza a perder algo de fuelle respecto a ellos y se queda rezagada.

—¡Venga, Tania! —le grita Abel girándose un momento.

Se nota que él y Marta están disfrutando de la carrera. Es la primera vez que hacen algo así solos y Tania se alegra por Marta.

—Tirad vosotros, que yo prefiero ir a mi aire —le dice Tania, que no quiere que se aburran por tener que esperarla.

—¿Segura? —le grita Marta.

—Segurísima —responde ella sonriente y jadeante por el cansancio.

De pronto ve cómo los primeros participantes empiezan a tirarse al suelo como si los enguliese la tierra. Tania estira la cabeza como una jirafa y descubre que la siguiente prueba consiste en arrastrarse por el suelo como en el ejército para no golpearse la cabeza con las cuerdas, que han colocado a cuarenta centímetros de altura. Se tira al suelo en cuanto llega y se arrastra con los codos y las rodillas como puede. Se da un par de veces con las cuerdas en la cabeza y se clava una piedra en la rodilla que la hace soltar una maldición, sin embargo, no se detiene. Tiene que reconocer que se lo está pasando bien a pesar de que cuando sale de esa prueba cubierta de barro de pies a cabeza, ya ha perdido de vista a sus amigos.

Sigue corriendo por los carriles delimitados como en las colas de los parques de atracciones, hasta que uno de ellos se ensancha al final y encuentra enormes muros hechos con fardos de paja colocados en forma piramidal. Tania observa alucinada como la gente trepa por ellos como si les fuese la vida en ello. Cada fardo mide un metro de altura, así que en cuanto llega al primero, coloca una mano e impulsa su cuerpo hasta que sube de un salto. Repite la operación hasta cuatro veces para llegar a lo más alto y cuando lo hace, se pone en pie y se permite mirar un segundo a la muchedumbre al mismo tiempo que aprovecha para recuperar el aliento.

No ve a sus amigos, pero lo que más le duele es que sigue sin localizar a Sara, el único motivo por el que ella está ahí. Resignada, salta al otro lado y baja los fardos cubierta de paja como un muñeco. Con la ropa mojada, las virutas de paja se le han pegado igual que el barro y tiene claro que tendrá que tirar todo lo que lleva puesto cuando acabe. Suerte que Marta fue previsora y les advirtió que llevasen ropa de recambio que han dejado en las taquillas del polideportivo de la ciudad, donde después podrán ducharse y disfrutar del almuerzo que la organización repartirá entre todos los participantes.

De nuevo los carriles se estrechan y corre cada vez más cansada hasta encontrar la siguiente prueba, una red de cuerda de cuatro metros de altura que tendrá que subir por un lado y descender por el otro. No le parece gran cosa al verla, pero cuando comienza a subir y la cuerda se hunde con su peso y se mueve balanceándola, le parece lo más difícil que ha hecho hasta el momento. Llega a la parte superior agotada y pasa con cuidado al otro lado para bajar, sabiendo que la bajada le va a costar exactamente lo mismo que la subida. Cuando pone los pies en el suelo, se siente sorprendentemente a salvo y sonríe justo cuando

una chica aterriza a su lado y le devuelve la sonrisa como si se la hubiese dedicado a ella. Tania se siente incómoda en ese momento, esa es otra de las cosas que en caso de entablar conversación, le harían tener que explicar que es lesbiana, o al menos ella lo siente así ahora, así que inicia la marcha para evitar que eso suceda.

Esta vez las cintas la guían hasta salir del bosque por un lateral y correr por una calle en la que encuentra dos puestos con gente repartiendo botellas de agua pequeñas entre los participantes. Solo en ese momento se da cuenta de la sed que tiene y se detiene un momento para beber. Cuando se siente satisfecha, tira la botella vacía en un bidón y sigue la marcha, volviendo al bosque un poco más adelante y encontrando la siguiente prueba de inmediato. La tierra del carril está cubierta por decenas de ruedas de coche y camión tan juntas, que la única posibilidad es pisar en el centro de estas. Ve a la gente dando saltos como si el suelo quemase y avanzar como pueden. A unos se les da muy bien y sortean las ruedas con facilidad, otras personas, en cambio, caen sin remedio sobre ellas en más de una ocasión.

Tania enfoca la primera rueda en la que piensa pisar y empieza la prueba. Al principio va muy bien, avanza rápido saltando de una a otra, sin embargo, cuando ya está a punto de salir de la zona, al encarar el pie en el centro de una rueda, calcula mal y roza con la punta del pie en el borde. Eso, sumado a la rapidez con la que iba, la hace perder el equilibrio y pisar mal con el otro pie, que se le mete entre medio de dos ruedas y nota como el tobillo se le tuerce enviándole una punzada de dolor justo antes de que se caiga de lado y se golpee las costillas con el borde de una rueda de camión.

Apenas siente dolor en ese momento y su único objetivo es ponerse en pie y salir de ahí antes de que alguien la pise sin querer o su propio cuerpo haga que otros tropiecen, ya que están esquivándola para pasar. Lo primero que hace es tirar hacia atrás su pierna para sacar el pie de entre las ruedas, con la mala suerte de que cuando lo consigue, pierde la zapatilla en el intento.

—Joder —se queja angustiada.

Otro participante la esquiva y Tania aprovecha que no tiene a nadie cerca para meter la mano y recuperar su zapatilla. Una vez conseguido, se arrastra por encima de las ruedas hacia un lado para tratar de salir de ahí cuanto antes. Y entonces pasa, Tania nota unas manos bajo las axilas y alguien tira de ella con tal ímpetu, que la saca de ahí en cuestión de segundos hasta que la deja sentada en el suelo al otro lado de la cinta que delimita la zona de prueba.

Tania, con la zapatilla en la mano y desconcertada por lo rápido que ha sucedido todo, alza la mirada y se encuentra a Sara llena de barro y de briznas de paja agachada frente a ella.

—¿Estás bien? —le pregunta con gesto preocupado.

Tania asiente sintiéndose tonta. Nota el hormigueo recorrer su pecho y un calor sofocante instalarse en sus mejillas. La alegría que siente al verla no puede describirla con palabras, ni tampoco la vergüenza que le da que la haya encontrado en esa situación.

—Sí, es que he tropezado —se justifica azorada.

—Como todos en algún momento, yo he dado un resbalón en la espuma y he estado soltando burbujas de jabón hasta hace un rato —bromea Sara haciéndola reír.

Tania le devuelve la sonrisa y Sara, traicionada por su subconsciente, le da un apretón en el brazo de forma cariñosa.

—¡Venga, Sara! —grita una voz de hombre.

Tania busca la procedencia y encuentra a Jorge al final de las ruedas junto a dos chicos de los que suelen ir siempre en el grupo. Sara clava la mirada en él y se tensa, su primera reacción es la de levantarse y seguir, lo que provoca una sensación amarga en Tania. Pero todo queda en el intento, porque Sara, en el último instante decide hacer lo que realmente le apetece y se queda quieta frente a Tania.

—¡Seguid vosotros! Yo iré con ella —le grita a su hermano, que tuerce el gesto y enrojece de ira sin que Tania comprenda el motivo.

—¡Ya sabes que a papá...! —Jorge no termina la frase porque Sara lo interrumpe enfurecida.

—¡He dicho que me quedo!

Tania, desconcertada por la situación, observa cómo uno de los amigos de Jorge lo coge de un brazo y lo anima a seguir hasta que lo convence y los tres reanudan la carrera.

—Ve con ellos, Sara, no quiero causarte problemas —le dice Tania de forma sincera.

—Siento que hayas tenido que presenciar el numerito de mi hermano. Olvídate de ellos, si me quedo es porque me apetece. ¿Cómo tienes el tobillo? ¿Puedes seguir? —pregunta cogiéndolo entre sus manos con cuidado.

—No toques el calcetín, debe oler a muerto —dice Tania riendo.

—Yo también huelo a muerto —bromea Sara oliéndose la axila.

—Me molesta un poco, pero no es nada, puedo seguir.

—¿Segura?

—Segurísima —responde con convicción.

—Genial, en ese caso ponte la zapatilla y sigamos, no me importa perder, pero tampoco quiero llegar la última —le dice Sara antes de guiñarle un ojo y ponerse en pie.

Tania tiene el corazón más acelerado que cuando estaba corriendo. Se pone la zapatilla y acepta la mano que le tiende Sara para ponerse en pie. Cuando lo hace, Sara tira de ella hasta pegarla tanto a su cuerpo, que sus pechos chocan. Tania contiene la respiración, nunca ha estado ni cree que llegue a estar tan cerca de Sara. Sus mejillas se rozan un instante y nota la suavidad de su piel en la cara. La sensación le gusta, pero no se asemeja ni de lejos al cosquilleo que siente en el vientre cuando las caderas de ambas se rozan.

Las dos se separan como si hubiesen sentido un calambrazo.

—Lo siento —se disculpa Sara mirando hacia el suelo.

—Joder —suspira Tania agobiada por todo lo que siente.

Sara coge a Tania de un brazo y con el otro señala al frente para llamar su atención. Tania alza la mirada obediente y ve a lo lejos la que será su siguiente prueba. Un muro vertical de ruedas les franquea el paso, tendrán que elegir una y meter el cuerpo por el medio para pasar al otro lado. La imagen las distrae lo suficientemente a ambas como para lograr que se les pase ese calentón repentino que acaban de sufrir en el lugar menos oportuno.

—Venga, vamos —propone esta vez Tania, animada porque empieza a darse cuenta de que quizá sí que tiene alguna opción con Sara.

Las dos corren una al lado de la otra dedicándose miradas y sonrisas de vez en cuando. Tania siente molestia en el tobillo y también en el costado, pero no tiene intención de quejarse porque por nada del mundo se perdería terminar la carrera junto a Sara, la mujer de la que se ha enamorado. Ella se ha apuntado a la carrera con la esperanza de verla, pero lo que ha obtenido es muchísimo mejor.

Capítulo 11

Cuando llegan frente al muro de ruedas, ninguna se detiene. Conforme se acercaban, cada una ha decidido cuál es la rueda que más le conviene y en cuanto llegan a ella, se meten de cabeza y ponen las manos en el suelo para apoyarse al salir. Se sonríen desde el suelo, se incorporan y siguen corriendo hasta que ven una inmensa lona mojada ocupando parte del terreno. Todos los participantes que llevan delante se tiran de diferentes maneras y resbalan avanzando varios metros entre risas y gritos. Tania y Sara no dudan en ese momento tampoco y, como si estuviesen conectadas, se dan la mano cuando llegan y saltan hasta caer con los pies por delante y deslizarse con el culo hasta que los frena otro participante que encuentran en su trayectoria. Se sueltan de la mano, lo esquivan y gatean hasta el final por miedo a ponerse en pie y resbalarse como le pasa a mucha gente.

—¿Qué tal el pie? —se interesa Sara mientras siguen corriendo hacia la siguiente prueba.

—Perfecto —miente Tania, a quién no le importaría correr durante el resto del día si con ello se queda junto a Sara.

Ahora llegan a otra zona del parque y siguen corriendo por el paseo principal hasta que vuelven a la zona boscosa y, tras bajar una pendiente, se encuentran con una inmensa rampa de madera con una inclinación imposible de subir salvo que te ayudes con las cuerdas que hay colgando. Las dos llegan a la base y Tania, de forma instintiva, se hace a un lado para dejar pasar a los que vienen por detrás.

—¿Qué pasa? —pregunta Sara preocupada.

—Voy a tener que forzar mucho el tobillo para subir por ahí —contesta Tania ceñuda.

—¿No has dicho que estabas bien?

El tono de Sara no es de reproche, sino irónico. Y eso hace que Tania se sonroje.

—Nos la podemos saltar, pasaremos por el lado —decide Sara.

—No, quiero que la acabemos sin dejarnos ninguna prueba. Si lo hago despacio y con cuidado, no habrá problema —dice muy segura.

—Está bien —acepta Sara—, venga, sube tú primera y yo me quedo detrás por si me necesitas.

La decisión de Sara no es negociable y así se lo hace saber con la mirada a Tania, que estaba a punto de protestar. Sara desea acabar la carrera con Tania, hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto de nada, pero por encima de todo le preocupa su seguridad, así que la ayudará para evitar que se haga más daño.

Tania agarra la cuerda, coloca el pie bueno en la rampa y se impulsa hasta colocar también el pie malo. Sara ha cogido la cuerda más cercana y ha subido del mismo modo, solo que quedándose justo detrás de Tania.

—¿Me persigues? —bromea Tania con la agradable sensación de sentirla detrás.

—¿Algún problema? —le vacila Sara a modo de respuesta.

—Ninguno —se ríe Tania antes de continuar.

Da otro paso y se impulsa, pero al ir tan lentas, tienen que hacer mucha fuerza con los brazos para mantenerse en la rampa y Tania rápidamente se da cuenta de que no aguantará.

Decide que es mejor sacrificar un poco más su tobillo que caerse de espaldas y arrastrar a Sara con ella, pero cuando da el siguiente paso, Sara le pone una mano en el culo y la empuja con fuerza todo lo alto que puede, haciendo que Tania llegue casi sin esfuerzo a un listón que sirve de apoyo y pueda descansar.

Sara llega a su lado con facilidad y las dos se miran sonriendo. Ninguna hace referencia al gesto de Sara, Tania porque agradece la ayuda y ella porque le ha gustado demasiado tener la mano ahí y se siente un poco avergonzada. Aun así, no duda en volver a hacerlo para que Tania termine de subir. Cuando llegan arriba del todo, dan un grito de alegría y se sientan en el borde del enorme tobogán que las espera para bajar. De nuevo se cogen de la mano y se dejan caer entre risas.

Cuando ponen los pies en el suelo salen corriendo de nuevo y poco después se encuentran con la famosa zanja llena de agua de color marrón debido al barro. Las dos ven como la gente salta como si fuese una piscina y hacen lo mismo hasta meterse de lleno casi hasta la cintura.

—¡Buah! Qué fría —grita Tania.

Sara está de acuerdo, el agua está congelada y siente un escalofrío que se le pasa de inmediato cuando tiene que avanzar por el agua hasta el otro lado. Las dos se impulsan con las manos y salen a la vez. Sara mirando a Tania y el modo en que la ropa mojada se ajusta a su cuerpo, y Tania pensando que ya han superado la última prueba, pero entonces se encuentran con un muro de madera. Es exactamente igual que el otro, solo que este, a pesar de tener una altura de tan solo dos metros, es completamente vertical.

En este caso ninguna duda, es como si sus mentes se hubiesen compenetrado y las dos hubiesen llegado a un acuerdo sobre lo que tienen que hacer. Se plantan justo debajo, Tania se agarra a una cuerda y cuando se impulsa, Sara la coge colocando esta vez las dos manos en su trasero, y la impulsa con tanto ímpetu que Tania puede agarrarse al borde y acabar de subir a la primera. Cuando está arriba, se sienta y espera a que Sara suba y se ponga a su lado.

—¡Dale, Tania! —escucha gritar a Marta.

Tania mira al frente y ve la meta, y junto a ella, a Marta y a Abel esperándola. Sara también ve a su hermano y sus amigos, solo que él no se alegra de que haya terminado la carrera como lo hacen los amigos de Tania. Siente una punzada de ansiedad en ese momento, pero decide que no va a dejar que le estropeen esto también, así que mira a Tania, vuelve a guiñarle un ojo con complicidad y las dos se tiran por el tobogán y corren hasta la meta. Cuando llegan se abrazan con deportividad y también como si se necesitasen. Sara estruja a Tania entre sus brazos y se permite tomarse unos segundos disfrutando del abrazo antes de romperlo.

Marta y Abel se acercan a Tania y la felicitan, también hacen lo mismo con Sara y la acogen como si se conociesen de toda la vida cuando Tania los presenta.

—Deberíamos ir a cambiarnos antes de coger una pulmonía —propone Marta.

—Sí, y a por mi bocadillo, que me lo he ganado —responde Abel frotándose la barriga.

—¿Te vienes? —le pregunta Tania a Sara.

Sara ni siquiera se gira para buscar a sus amigos, no le apetece encontrarse con la mirada reprobatoria de su hermano. Simplemente, afirma con la cabeza y camina con Tania y sus amigos hasta el polideportivo. Allí se separan cuando Abel va al vestuario de hombres y ellas tres se dirigen al de mujeres. Marta se encuentra con una conocida y se pone a

comentar la carrera mientras que Tania y Sara van a sus respectivas taquillas y cogen lo que necesitan para la ducha.

—Mejor me voy a aquellas y tú te quedas en estas —sugiere Sara con confianza mientras señala las más lejanas.

Tania acepta con una sonrisa, sabe que ese no es el mejor lugar para verse desnudas por primera vez.

Capítulo 12

Cuando salen de los vestuarios Tania no puede dejar de mirar a Sara. Su pelo mojado se ha oscurecido y la combinación de ese color con el de sus ojos azules la tiene fascinada.

—No sabía que te gustasen las carreras —le dice Sara mientras esperan el turno para los bocadillos.

Tania traga saliva, no quiere mentirle, pero también le da miedo confesarle que está allí por ella y que piense que la está acosando.

—La verdad es que nunca había participado en una de este estilo y, a pesar de mi percance con las ruedas, me lo he pasado muy bien —dice sincera, saliendo así del paso.

—¿Qué tal el pie?

Sara ya ha visto que Tania tiene una ligera cojera que está segura de que irá a más conforme su cuerpo se enfríe.

—Me molesta, pero con unas horas de reposo seguro que mañana estoy como nueva.

En ese momento, Sara pierde la mirada por encima del hombro de Tania y esta se gira descubriendo a Jorge y su grupo no muy lejos de ellos. No lo conoce, pero no le cae bien, no le gusta la manera que tiene de tratar a Sara.

—Siento haberte causado problemas —le dice devolviéndola a la realidad.

—No me has causado ningún problema, mi hermano es un poco intenso y también controlador, deben ser cosas de mellizos —lo excusa Sara restándole importancia.

Marta y Abel, que estaban delante de ellos discutiendo a quién de los dos le ha costado más subir por la rampa de madera, les dan un toque y las avisan de que ya es su turno. Tania la mira y las dos se sonríen con complicidad.

—Gracias por acompañarme —le susurra abrazándola.

Ella se deja estrechar por los brazos de su amiga y le devuelve una sonrisa. Es cierto que se apuntó por ella, pero también por Abel. Además, parece que en los últimos días la relación entre ambos se está intensificando, siente a Abel más cercano que nunca. Le da la sensación de que últimamente la mira de otro modo y está más pendiente de ella. Han corrido toda la carrera juntos y, aunque Abel se ha encontrado a muchos amigos durante el recorrido, ha permanecido con ella hasta el final.

—Voy a saludar a un colega, enseguida vuelvo —anuncia Abel tras coger su bocadillo y una botella de agua.

—¿Crees que puedo tener alguna posibilidad con él? —susurra Marta de sopetón, dejando a Tania sorprendida.

Como Sara está junto a Tania, ha escuchado el comentario y empatiza de inmediato con Marta. Ella sabe muy bien lo que es estar con la incertidumbre cuando te gusta alguien, le ha pasado muchas veces, aunque con Tania lo tiene claro y eso la tranquiliza.

—No lo sé —responde Tania, que no quiere darle falsas esperanzas—, deberías decírselo, es el único modo de saberlo y no puedes estar así siempre, Marta, no es sano.

—Tania tiene razón —decide intervenir Sara—, si ese chico te gusta, deberías decírselo.

—Supongo que sí —dice Marta—, hasta hace un par de días estaba convencida de que

no había ninguna posibilidad, pero Abel parece otro, es más atento...

Y entonces Marta deja de hablar, porque justo en ese momento, ve a Abel al lado de Nerea, la compañera de clase con la que reconoció haber tenido un lío, y su corazón se encoge.

Tania y Sara se giran de inmediato hacia el lugar que ha hecho que su amiga pierda la sonrisa justo cuando Abel abraza a Nerea y ella responde con una risotada nerviosa que escuchan desde la otra punta.

—Me largo —escupe Marta con el rostro desencajado—, si es que soy tonta —se lamenta a la vez que coge su mochila y se la cuelga en el hombro.

—Espera, Marta —le pide Tania angustiada—, me voy contigo.

Pero Marta la ignora y sale corriendo del recinto.

—Déjala, Tania —le aconseja Sara—, necesitará estar sola.

—Abel es un capullo, tiene a la mujer más extraordinaria que conozco loca por él y no se da cuenta.

—Tal vez, pero tampoco se le puede acusar de nada si desconoce lo que siente Marta.

—Cierto, hablaré con él.

Sara recoge los bocadillos de ambas en ese momento y la mira confusa.

—Tú no puedes hablar por boca de Marta, Tania, debe ser ella quien lo haga —le aconseja de nuevo mientras ambas salen del recinto y caminan sin darse cuenta hasta el aparcamiento donde Sara tiene su coche.

Lo abre y deja su mochila en el maletero.

—Deja la tuya, te llevaré a tu casa si quieres —le propone a Tania.

—¿Y tu hermano?

—Mi hermano se irá con cualquiera de nuestros amigos, no te preocupes.

Tania deja la mochila y las dos se sientan en el bordillo frente al coche para comerse el bocadillo.

—No voy a hablar por boca de Marta, simplemente voy a tratar de enterarme de si ella tiene alguna posibilidad con él. Los dos son mis amigos y me jode verla así. Si Abel no está por la labor, se lo diré a Marta para que trate de olvidarse cuanto antes.

Sara la mira y asiente conforme, ella también haría lo mismo en su lugar.

—¿Y tú, Tania? ¿Sientes algo por alguien? —pregunta haciendo que se le acelere el corazón otra vez.

—¿Es una pregunta trampa? —pregunta Tania confusa.

—No —se ríe Sara ante la cara de susto de Tania—, pero igual tendríamos que hablar tú y yo sobre lo que nos está pasando.

Sara sabe que elegir ese camino solo le puede traer problemas, se dice a sí misma que lo inteligente es apartarse, dejar de darle clases a Tania y poner distancia entre ambas. El problema es que se siente incapaz, cuanto más rato pasa con Tania, más le gusta estar con ella y más cómoda se siente, por no hablar de que la atracción entre ambas comienza a ser indiscutible.

—Tal vez sí —responde Tania con las mejillas ardiendo.

—¿Tal vez? —se ríe Sara, girándose hacia ella a la vez que le coge una mano en un gesto claramente cariñoso.

Tania la mira a los ojos con los labios entreabiertos mientras trata de encontrar el valor necesario para besar a Sara, que acaba de colocarle una mano en la mejilla que está haciendo que su piel arda bajo ella. Sara no es tan indecisa ni tímida como Tania, pero le

encanta el modo en que la mira ahora mismo y quiere alargar el momento para disfrutarlo al máximo. Traza un par de círculos con el dedo detrás de la oreja de Tania en un intento de enroscar un mechón de su pelo, lo que provoca que Tania cierre los ojos y salve la poca distancia que quedaba entre sus labios, atrapándolos en un beso tímido y casto que hace que los fuegos artificiales estallen en el pecho de Sara.

Tania se separa y mira a Sara como si hubiese hecho algo malo, pero entonces ella la mira y le sonríe de ese modo que deja fuera de combate a Tania y solo siente alivio.

La melodía del móvil de Sara sonando es la que interrumpe el momento. Lo saca del bolsillo y ve con disgusto que es su hermano Jorge quien la llama. Decide ignorarlo y vuelve a guardar el teléfono con incomodidad, está convencida de que él está cerca, vigilándola como seguramente su padre le ha pedido antes de que salieran de casa.

—Debería irme ya, Tania —dice mirando el reloj—, tengo una comida familiar y tal y como están las cosas con mi hermano, prefiero no llegar tarde.

—Claro —responde Tania poniéndose en pie—, no hace falta que me lleves, me iré andando.

—No tienes el pie como para caminar hasta tu casa, además, te he dicho que te llevaría y lo haré —afirma decidida—, venga, sube.

Hacen el trayecto hasta la casa de Tania en silencio. Sara porque no puede dejar de pensar en lo que le espera en cuanto llegue a la suya, y Tania porque necesita hablar de ese beso y saber si habrá más, pero no sabe si es buen momento para abordar el tema, nota a Sara muy nerviosa.

Sara detiene el coche en la puerta de Tania y esta se desabrocha el cinturón.

—Gracias por traerme.

—No me las des, y cuídate ese pie, Tania.

—Claro —responde aturdida a la vez que abre la puerta del coche.

—Tania —la llama Sara cuando ya ha cogido su mochila del maletero—, nos vemos el martes —dice guiñándole un ojo que la hace tranquilizarse.

—O mañana por el campus —añade Tania.

—O mañana por el campus —repite Sara sonriéndole.

Se despiden con un gesto de la mano y cuando Sara arranca, Tania se gira hacia la puerta y encuentra a su madre mirando por encima de la valla.

—¿Esa era Sara? —pregunta Martina sorprendida.

—Sí —responde Tania tras carraspear.

Su cabeza trabaja a mil por hora imaginando situaciones diferentes, y la primera que le viene a la mente es que, probablemente, si Sara no hubiese recibido esa llamada que la ha puesto tan tensa, es muy posible que al despedirse ahora en la puerta de su casa, lo hubiesen hecho con un beso.

Lo piensa y se estremece, la idea de que su madre se entere así de su secreto no le gusta y la hace sentir mal. Quiere ser ella quien se lo diga a sus padres y sabe que debe hacerlo pronto, pero no ve el momento de hacerlo. Piensa todas las noches en cómo iniciar esa odiosa conversación que la mayoría del colectivo debe iniciar al menos una vez. Piensa también en lo que podría decirles, en cómo empezar. Y, por último, se imagina también las posibles reacciones de sus padres, que pasan desde la pasividad más absoluta, lo cual le gustaría, hasta el peor de los dramas.

—¿Tania? —insiste Martina preocupada al ver que se ha quedado absorta.

—Sí, perdona —reacciona por fin—, sí que era Sara. Resulta que también participaba

en la carrera, nos hemos encontrado y se ha ofrecido a traerme a casa.

—Es una chica muy amable y educada —conviene Martina.

—Sí, supongo.

Tania deja a su madre en el jardín y entra en su casa mientras Martina la observa preocupada. Hace días que nota que a su hija le pasa algo, está muy distraída y ausente y no sabe cómo abordarlo para que hable con ella. Anoche lo comentó con su marido Miguel esperando que le dijese que se equivocaba y eran tonterías suyas, pero la respuesta de su marido no fue la que esperaba.

—Estará enamorada, déjala tranquila —y así zanjó la conversación antes de ponerse a roncar.

Lo que no sabía Miguel es que había acertado, su hija está enamorada, aunque probablemente no lo esté de quién ellos esperan.

Capítulo 13

En cuanto Sara pone un pie en su casa ya percibe la tensión. Tal y como imaginaba, su hermano ya está allí, sentado al lado de su padre que la mira desde el sillón con el gesto endurecido.

—¿Quién es, Sara? —le pregunta con voz glacial.

—No sé de qué me hablas —responde dejando la mochila en el suelo.

Su padre se pone en pie de forma robótica y se acerca a ella con paso firme, casi militar.

—No me tomes por tonto, Sara, creía que las cosas estaban claras —le dice en tono amenazante.

—No he hecho nada malo —titubea bajando la mirada.

Por mucho que se esfuerza y se dice siempre que no se amedrentará ante él, no lo consigue, su padre la intimida de un modo aterrador, y en esa casa ya no tiene a nadie en quien apoyarse desde que su madre falleció tres años atrás.

—¿No has hecho nada malo? —repite en tono de burla su padre—, tu hermano no dice lo mismo.

—¿Y por qué siempre tienes que creer a mi hermano? —pregunta armándose de valor para mirarlo a los ojos.

—Porque es más sensato que tú y no va por ahí avergonzando a la familia. No quiero volver a escuchar que te ves con ninguna bollera de mierda, ¿me has entendido? Dejarás esas malditas clases y saldrás con tu hermano y vuestros amigos como tiene que ser. Toma ejemplo de Sandra, está festejando con el hijo de Mauro, lo que deberías haber hecho tú hace tiempo. Ese sí que es un buen partido y proviene de una familia respetable —escupe antes de encenderse un cigarro y soplarle el humo de la primera calada a Sara en la cara.

—No voy a dejar las clases, es mi trabajo.

—¡Tú no necesitas trabajar! —le grita golpeándola en el hombro con tanta fuerza, que Sara trastabilla y se tiene que agarrar a una silla para mantener el equilibrio—, ¿en qué lugar crees que me dejas? No eres ninguna muerta de hambre como la niñata esa con la que te juntas, que tiene que pagar a una lesbiana para que le dé clases porque no tiene dinero para pagar a un profesor de verdad.

Sara se muerde los labios con fuerza y aprieta la mandíbula mientras mira a su hermano con rabia. Él le devuelve una mirada que va entre la diversión por la humillación a la que su padre la está sometiendo de nuevo, hasta la repulsión que en realidad siente hacia ella.

Su padre es el mayor homófobo que ha existido sobre la faz de la tierra en opinión de Sara. Desde pequeños siempre les metió en la cabeza que los homosexuales eran gente inferior y trastornada, según él, todos deberían estar encerrados en un psiquiátrico para que los curasen de su repugnante enfermedad. Su hermano asumió esas palabras como propias y lo repite junto a su padre siempre que puede. Sara recuerda escucharlo sin comprender ese odio que sentía su padre hacia un colectivo que a ella le despertaba mucha curiosidad. Conforme se fue haciendo mayor, se dio cuenta de que ella formaba parte de aquello que su

padre tanto aborrecía. Sabe desde los doce años que le gustan las mujeres y, a pesar de ello, trató de negárselo a sí misma saliendo con chicos que no despertaban nada en ella solo para complacer a un padre que la odia.

Solo su madre era capaz de poner algo de cordura en aquella casa, y fue en ella en quien se apoyó cuando ya no podía más. Se enamoró por primera vez a los diecisiete años y comenzó una aventura a escondidas con María que duró siete intensos meses. Ese fue el tiempo que su hermano tardó en enterarse y delatarla ante su padre, que le dio una paliza que a punto estuvo de costarle un ojo y la mandó a un colegio privado en el extranjero hasta que terminó el curso. Su madre trató de defenderla con uñas y dientes, pero lo único que consiguió fue llevarse otra paliza por esconder semejante vergüenza para Eusebio Atenza, un adinerado inversor inmobiliario a quién le importa demasiado lo que opinen de él o de cualquier miembro de su familia.

Para cuando Sara volvió siete meses después, María ya se había olvidado de ella y salía con otra chica. Cada vez que piensa en ello la rabia la consume por dentro, su padre decidió arrebatárle lo que más quería y María no luchó por ella, no la esperó como ella hubiera hecho y se sintió doblemente traicionada. Decide en ese momento que no va a dejar que le pase lo mismo con Tania.

Sara ya tiene veintiún años. Desde que pasó lo de María trazó un plan y lo ha seguido a rajatabla. Se comportará, no le dará motivos a su padre para que vuelva a desconfiar de ella hasta que termine la carrera. Cuando lo haga, cogerá el dinero que está ahorrando desde que da clases particulares a otros alumnos, y se marchará a casa de su tía Flora, la hermana pequeña de su madre. Con el dinero que tiene podrá colaborar en casa y mientras tanto buscará trabajo hasta que apruebe las oposiciones a policía.

Ese era su plan hasta ahora, pero la entrada en su vida de Tania, lo está cambiando todo.

—Tengo veintiún años, no puedes decirme lo que puedo y lo que no puedo hacer.

Su padre la coge por el cuello como toda respuesta y la arrastra hacia atrás hasta que la espalda de Sara se encuentra contra la pared.

—Vives en mi casa y yo pago tus putos estudios y te mantengo, mientras eso sea así, harás lo que yo te diga —escupe sin soltarla.

—Dijiste que si quería un coche nuevo tenía que ahorrar, eso estoy haciendo —miente Sara.

A quien no le importa que en su cumpleaños de hace dos años, justo después de que ella y su hermano aprobasen el examen de conducir, su padre le regalase a ella un coche de segunda mano y a él uno nuevo.

Su padre la mira sin soportar la tensión que le producen las respuestas de su hija, no aguanta que le haya salido lesbiana, pero soporta menos sentirse orgulloso de alguien como ella.

—Procura que nadie te vea comerle la boca a ninguna degenerada de esas o te juro que te pongo de patitas en la calle y te cierro el grifo.

Tras su amenaza, y sin soltarla del cuello, la empuja hacia un lado con tanta fuerza, que esta vez Sara no logra mantener el equilibrio y cae al suelo. Con la mala suerte de que su cabeza golpea contra una de las sillas y acaba en urgencias con una ceja abierta en la que le han puesto tres puntos.

Capítulo 14

Tania ha buscado a Sara con la mirada, pero no la ha visto en ningún sitio, ni siquiera en el grupo de Jorge, que como siempre, han ido a desayunar al césped del campus.

—Parece que no ha venido —comenta Marta.

—Debe estar hecha polvo, yo lo estoy —argumenta Abel—, este tipo de carreras no deberían hacerse un domingo.

Tania está de acuerdo. Cuando le ha sonado el despertador ha sentido la tentación de hacerse la loca y seguir durmiendo, además, le duele mucho el tobillo. Esta mañana, en frío, apenas podía apoyarlo en el suelo y su madre le ha dicho que debía ir al médico, pero ella se ha negado. Su intención en cuanto llegue a su casa después del trabajo es meterse en la cama y no salir hasta el día siguiente. Está agotada.

El martes se levanta igual de cansada que el día anterior, puede que incluso más. Acusa el cansancio de la carrera acumulado al de los estudios y trabajar por la tarde. Tania no deja de bostezar durante las primeras horas de clase. Marta, en cambio, sigue medio ausente mientras piensa en Abel. Se pregunta si se liaría de nuevo con Nerea y los celos se la comen poco a poco.

—No debí haberme marchado —le susurra a Tania en mitad de la clase.

—¿Qué?

—Del polideportivo, tal vez si me hubiese quedado, Abel hubiese vuelto con nosotros al cabo de un rato, si se lio con ella, será culpa mía.

Tania se gira hacia atrás y observa a Abel sentado al lado de Nerea. Los dos están centrados en los apuntes y ella no ha observado ningún comportamiento que indique que son algo más que amigos en estos días.

—No puedes seguir así, Marta, tienes que hablar con él de una vez o te volverás loca. Lo que Abel haya hecho en el pasado no cuenta, ni lo que hayas hecho tú, cuenta lo que hagáis ahora, y si no haces nada acabarás perdiéndolo definitivamente.

Hasta ella se ha sorprendido de su discurso y sonrío sonrojada cuando Marta la observa con gesto divertido.

—Tienes razón, es solo que no sé cómo abordar el tema, cada vez que encuentro el momento adecuado, me puede el miedo.

El profesor les llama la atención por molestar y la conversación acaba ahí. Las dos guardan silencio hasta que por fin llega la hora de desayunar y se marchan junto a Abel a la cafetería.

De nuevo Tania echa un vistazo cuando pasan por la calle desde donde se ve el grupo de Jorge y Sara, está él, pero ella no.

—No lo entiendo, quizá esté enferma —se preocupa Tania.

—Si te refieres a Sara, está perfectamente, la he visto esta mañana cerca de los baños —comenta Abel como si nada.

—¿La has visto? —se sorprende Tania.

—Sí.

—Es raro que no esté con ellos —dice Marta señalando al grupo con la cabeza.

—Creo que no se lleva muy bien con su hermano —comenta Tania cuando entran en la cafetería.

—¿Y eso? —se interesa Marta.

—Cuando la vio conmigo, no le hizo mucha gracia, es posible que hayan discutido y por eso ella no se junta con ellos. No sé, esta tarde le preguntaré cuando venga a darme clase.

—Seguro que es una gilipollez, los hermanos siempre se pelean, yo estoy hasta las pelotas del mío —dice Abel olisqueando su café como un sabueso.

Tania confía en lo que dice su amigo. Ella no puede hablar con conocimiento de causa porque es hija única, pero Marta también suele quejarse de su hermano pequeño de vez en cuando, o de lo imbécil que se ha vuelto su hermana grande desde que tiene novio.

—Necesito que me confirméis si venís a la fiesta, tengo que decirle algo a mi colega hoy mismo —dice Abel cambiando de tema.

—Yo no voy —zanja Marta de mal humor—, ya tienes mi respuesta.

—Pero ¿por qué? —pregunta Abel sin comprender nada.

—Porque no quiero.

Tania no logra contener la risa cuando ve la cara de estupefacción de Abel ante el comportamiento despechado de Marta.

—¿Tú de qué te ríes, idiota? —le espeta Marta tirándole la servilleta.

—De nada, perdona —se disculpa Tania con las manos en alto en señal de rendición.

—¿Tú tampoco vas a venir? —le pregunta Abel de mal humor.

—Pues no había vuelto a pensar...

—¿Esa es tu forma de decirme que no? —se enfada Abel—, no sé qué coño os pasa últimamente, pero me siento un poco fuera del grupo. Es como si de repente sobrase. Cuchicheáis en clase y parece que estéis deseando que me marche para poder hablar de esas cosas que por lo visto el tonto de Abel no puede escuchar. No os preocupéis, os dejo solas para que lo decidáis.

Abel deja un billete sobre la mesa, y tras beberse su café con leche de un trago ante la perplejidad de Marta y Tania, coge su mochila y sale de la cafetería.

—Espera aquí —le ordena Tania a Marta.

Tania se levanta de un salto y corre por la calle hasta que alcanza a Abel y lo detiene cogiéndolo de un brazo.

—¿Qué quieres, Tania? —pregunta de mala gana.

—No sé qué impresión te ha dado, Abel, y siento que pienses eso, pero no es así. No te hemos excluido ni queremos hacerlo —dice casi sin respirar.

—Pues no es lo que parece. ¿Es que he hecho o dicho algo que te incomode por ser lesbiana? —quiere saber su amigo—, ya sabes que soy un poco bruto a veces.

—No has hecho nada —se ríe Tania—, no has de tratarme diferente porque sea lesbiana.

—Ya lo sé, pero como estáis tan raras, he llegado a la conclusión de que igual te he molestado con algo.

—Para nada. Y cuenta conmigo para la fiesta, y con Marta también.

—Ella no quiere venir, creo que no me soporta —dice torciendo el gesto.

—¿Cómo no va a soportarte?

Tania cabecea y suspira para serenarse, ese sería un buen momento para hablar con él

sobre su amiga, pero apenas quedan diez minutos para volver a clase y quiere hablar sobre eso con calma con su amigo.

—Es lo que parece. Da igual lo que haga, todo le molesta.

—Eso no es verdad, Abel, te lo aseguro. Puede que dé esa impresión porque está un poco agobiada últimamente, pero sabes que Marta te quiere.

Abel se estremece al escuchar las palabras de Tania y piensa que ojalá lo quisiera de la manera que la quiere él, pero ahora mismo está tan nervioso que no sabe si es buen momento para preguntarle a su amiga lo que piensa.

—Está bien, vuelve con ella. Yo voy a llamar a mi colega para decirle que cuente con los tres, ¿verdad?

—Verdad, iremos los tres como tiene que ser.

Abel se marcha en una dirección y Tania en otra, pero todavía no ha dado dos pasos cuando Abel la llama.

—Le digo que somos cuatro, Tania, supongo que traerás a Sara.

Tania se pone roja como un tomate y sonríe como una idiota.

—No sé si querrá venir, y no puedo preguntarle hasta la tarde.

—Bueno, yo le digo cuatro por si acaso —se encoge de hombros Abel.

Tania vuelve a la cafetería y se sienta frente a Marta, que la mira angustiada ante la idea de que Abel se haya enfadado con ellas.

—¿Qué te ha dicho? ¿Está bien?

—Está bien, no te preocupes. Le he prometido que iremos a la fiesta, Marta, y vamos a ir —asegura Tania a su amiga.

—¿Y ver como besuquea a Nerea? —se molesta ella.

—Iremos a pasarlo bien, y si se da la ocasión, hablarás con él de una vez. No puedes seguir así, y él tampoco, piensa que no lo soportas.

—Eso no es verdad.

—Claro que no —se ríe Tania—, pero él no lo sabe.

—Ya —sonríe también Marta—, está bien, iremos a esa fiesta y te prometo que si hace falta me bebo hasta el agua de los floreros para que se me suelte la lengua, pero no me voy de allí sin decirle a Abel que me gusta.

—Perfecto, aunque si es posible, prefiero que dejes los floreros con su agua —bromea Tania.

Capítulo 15

Tania cuenta los minutos para que llegue Sara con desesperación, ni siquiera el terrible cansancio que siente o el dolor de tobillo que todavía arrastra le hacen perder las ganas de verla. No deja de pensar en el domingo y en todo lo que sucedió, sobre todo en ese pequeño beso que no puede dejar de repetir en su cabeza. Cada vez que lo recuerda siente un intenso hormigueo recorrerle el centro del pecho y se queda sin aliento unos segundos, como si su corazón dejase de latir.

Por fin escucha el timbre de la puerta y se levanta de la cama donde permanecía tumbada a la espera. Escucha a su madre hablar con Sara y se inquieta, ¿y si no se ha quedado contenta con la respuesta que le dio el domingo y la está interrogando a ella? Se pone nerviosa y se plantea abrir la puerta de su habitación para ver si puede escuchar algo, pero decide no cotillear y espera paciente hasta que un minuto después, Sara llama a su puerta.

—Adelante —dice nerviosa.

Sara ha tratado de mantenerse calmada desde que ha pisado la casa de Tania, pero ha sido verla y empezar a temblar como un flan. Está muy agobiada, por más que piensa no se le ocurre una solución fácil para su situación.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Tania botando de su silla para acercarse a Sara, que acaba de cerrar la puerta.

—Nada, un golpe —responde Sara quitándole importancia.

—¿Con qué?

Tania se permite el lujo de acercarse lo suficiente y rozar su ceja con el dedo delicadamente, haciendo estremecer a Sara, que estos días está más sensible de la cuenta.

—Una silla, me pisé el cordón de la zapatilla al entrar en casa y me caí como una tonta.

—¿En serio? —pregunta Tania sorprendida.

—Totalmente. ¿Y tú qué tal estás? —trata de cambiar de tema Sara—, veo que el tobillo no ha mejorado mucho.

—No he tenido tiempo de reposar gran cosa, la verdad es que estoy deseando que llegue el sábado para dormir hasta tarde. Estoy agotada.

—Yo también —suspira Sara.

Las dos se quedan en silencio y Tania empieza a restregar sus propios dedos para tratar de calmar la ansiedad que siente cuando tiene a Sara delante.

—Quiero repetir el beso del otro día —suelta de sopetón sorprendiendo a Sara.

Por un momento se permite olvidar todos sus problemas y se acerca a Tania hasta pegar su cuerpo al de ella a la vez que le coloca una mano en la cintura para que no pueda escapar.

—¿Quieres repetir? —la provoca Sara.

Tania asiente de forma insistente sin apartar los ojos de los labios de Sara.

—¿Y qué has hecho para ganártelo? —susurra Sara cada vez más cerca de sus labios, al tiempo que la guía hasta acorralarla contra el armario.

Tania siente que se ahoga. Las mejillas comienzan a arderle y sus piernas se están volviendo de gelatina.

—¿Pensar en ti a cada minuto? —pregunta desesperada.

—Respuesta correcta, Tania —suspira Sara antes de atrapar sus labios en un beso hambriento y mucho más intenso que el primero.

Tania responde agarrándose a su cara con las manos como si temiese que se le fuera a escapar, provocando que Sara se pegue más a ella y que el roce de su pubis haga enloquecer de excitación a Tania. No es capaz de contener el ardor en su sexo, y se agarra a las nalgas de Sara en busca de un contacto más fuerte y ansiado.

—Espera, Tania —se aparta Sara sofocada—, esto no puede pasar aquí —dice con el corazón a mil por hora mientras trata de contener su propia excitación.

—Ya lo sé —responde Tania con la respiración entrecortada.

—Estamos en tu habitación, tus padres están abajo y piensan que te estoy dando clase, no me sentiría bien, Tania —insiste Sara colocándose una mano en el centro del pecho como si así fuese más fácil calmar su excitación.

Tania suelta un suspiro de frustración que se prolonga demasiado y hace sonreír a Sara.

—Estás descontrolada —le dice Sara divertida a la vez que se sienta en la cama.

—Es que me muero de ganas de estar contigo —confiesa Tania cabizbaja.

—Y estaremos, Tania, pero no puede ser aquí, sería una traición hacia tus padres por mi parte.

—Lo entiendo. ¿Podemos cambiar de tema? Necesito dejar de pensar en ti y en mí..., ya sabes, o no me calmaré en toda la noche —dice señalando su sexo.

—Claro. De hecho, quería hablarte de algo —dice Sara muy seria.

Lleva dos días dándole vueltas a lo que le va a decir a Tania y, aunque no le gusta, cree que es lo mejor para ella ahora mismo a pesar de que le cueste sacrificar lo que lleva de curso.

—¿Qué pasa? —pregunta Tania preocupada.

—¿Por qué no vienes aquí? Puedes poner la pierna en alto mientras hablamos. Hoy no creo que hagamos la clase.

Tania asiente con una sensación extraña que no le gusta. Percibe el nerviosismo de Sara, lo tenía cuando ha entrado en su habitación y lo vuelve a tener ahora. Sara coloca la almohada en la pared para que les sirva de respaldo y, cuando Tania se sienta con las piernas estiradas, le coloca un cojín bajo el pie dolorido y después se sienta a su lado.

—¿Qué pasa, Sara? Me estás asustando.

Sara, tras tomar una profunda bocanada de aire, coge la mano de Tania como si llevasen haciéndolo toda la vida y entrelaza los dedos apretando en una búsqueda desesperada de calmar la ansiedad y dolor que siente. Tania le devuelve el apretón y coloca su otra mano sobre la de Sara para intentar transmitirle un poco de calma.

—Voy a dejar el curso —dice Sara por fin.

—¿Qué? ¿Cómo que vas a dejar el curso? —pregunta Tania con un tono que deja claro el miedo que siente en ese momento.

—No aguanto la situación en mi casa, Tania. Mi padre no soporta que sea lesbiana, para él soy una enferma, un insulto para la familia. Y mi hermano se ha convertido en su aliado, no puedo dar ni un paso sin que él le cuente a mi padre todo lo que hago.

Tania la escucha perpleja sin saber qué decir.

—Desde que se enteró de que me gustan las mujeres me hace la vida imposible, aguantar a su lado era insoportable, así que decidí no darle motivos hasta que termine la carrera. Me da un poco de vergüenza decirlo, pero necesito que me la pague, con lo que saco dando clases no sería suficiente para pagar un curso.

—Pero no te puedes ir —titubea Tania—, ¿qué vas a hacer?

—Irme con la hermana pequeña de mi madre. Mi tía me ha ofrecido su casa mil veces porque conoce la situación, pero vive a seiscientos kilómetros de aquí.

—¿Seiscientos? —se escandaliza Tania a punto de llorar.

—Sí —sentencia Sara—, no tengo otra opción, Tania, es eso o seguir en la universidad con mi hermano pegado a mi espalda, vigilando cada paso que da la desviada de su hermana para contárselo a mi padre.

—Soy hija única y siempre he deseado tener un hermano —confiesa Tania—, pero si es como el tuyo quizá sea mejor no tener ninguno —dice de mal humor.

—¿Sabes que yo no quería estudiar Criminología? —confiesa Sara con una sonrisa cansada.

Tania la observa sintiendo una impotencia descontrolada por no saber cómo ayudarla, así que se limita a escuchar.

—Yo quería estudiar magisterio, ya te dije que me encanta enseñar.

—Y se te da muy bien —interrumpe Tania apenada.

—Sí —sonríe Sara—, mi padre quería tenerme controlada después de lo de María.

—¿María?

Sara dedica los siguientes minutos a explicarle a Tania todo lo que sucedió desde el momento en el que su hermano descubrió que salía con una mujer. Al escucharla, la sensación de impotencia y también de dolor, crecen en Tania a pasos agigantados mientras se pregunta cómo se sentiría ella si sus padres reaccionasen así.

—De modo que me obligó a matricularme en Criminología, que era lo que quería estudiar mi hermano, y de esa forma podía tener ojos y oídos sobre todo lo que hago —sigue explicando Sara.

—Sé que es una estupidez, pero ¿has intentado hablar con tu hermano? ¿Que entre en razón?

—Jorge jamás entrará en razón porque es igual que él, Tania. Odia a los homosexuales y lo que representan del mismo modo que mi padre porque desde pequeños nos lo ha inculcado como si fuese una ley.

—¿Cómo aguantas estudiando una carrera que no te gusta? —quiere saber Tania, que necesita interrogarla para comprender la situación.

—Al principio no quería ni ir a clase, pero me dije a mí misma que, ya que mi padre se obsesionaba con joderme, por lo menos le sacaría lo que pudiera. Mi plan era dejar que me pagase los estudios fuesen los que fuesen, y una vez terminados, irme con mi tía y buscar trabajo allí para pagarme la carrera que de verdad quería. Pero resultó que la Criminología empezó a gustarme, y ahora mi idea es terminar y después presentarme a las oposiciones de policía con la idea de hacerme formadora en el cuerpo.

—Vaya —dice Tania con admiración.

—Sí, vaya —sonríe Sara con tristeza.

—Esto es culpa mía, Sara, yo he estropeado tu plan.

—Tú no has estropeado nada, Tania, solo me has abierto los ojos. Estoy en casa de mi padre aguantando sus desprecios y humillaciones, comportándome como él espera,

resistiéndome a enamorarme por miedo a su reacción. No estoy viviendo, Tania, y ya me he cansado. No quiero esconder lo que siento por ti, por su culpa perdí a María y no pienso dejar que me haga lo mismo contigo.

—Pero si te vas no podremos vernos, Sara, será casi imposible —dice agobiada—, además, no podrás acabar la carrera —dice de mal humor.

—La carrera la acabaré, buscaré trabajo de lo que sea y te juro que conseguiré mi objetivo aunque tarde diez años. Y tú y yo podemos aguantar, Tania. Cuando sea policía pediré el traslado y vendré aquí otra vez, pero a mi propia casa, a una en la que pueda ser yo misma sin miedo a que mi padre se me tire encima —dice con rabia.

—Eso te lo ha hecho él, ¿verdad?

—Esto es lo de menos, Tania, me duelen más otras cosas.

—Tu padre es un cabrón —espeta Tania—, y tu hermano...

—Mi hermano es un imbécil —añade Sara riendo.

—Sí, sí que lo es. Y no es justo que tengas que irte por su culpa.

—Lo sé, pero no se me ocurren más opciones.

Sara pasa el brazo por encima de los hombros de Tania y deja que esta se acomode en su pecho. En un silencio que parece pactado, las dos piensan posibles alternativas para impedir que Sara se marche. Tania se siente tremendamente bien entre sus brazos, el calor de Sara la sume en un sopor que sumado a ese cansancio extremo que arrastra desde la carrera, hace que se quede dormida. Sara la observa unos instantes, le sabe mal despertarla y como todavía faltan veinte minutos para que termine su hora de clase, decide cerrar un poco los ojos ella también, porque con Tania se siente en casa, y no le apetece volver a la suya.

Martina mira el reloj por tercera vez y después clava la mirada en su marido, ya pasan más de quince minutos desde que ha terminado la clase de refuerzo de Tania y Sara todavía no ha bajado.

—Voy a subir a ver si necesitan algo —anuncia Martina.

—Déjalas en paz, mujer, si dices que se han hecho amigas es normal que se entretengan hablando de sus cosas —dice Miguel sin apartar la mirada del nuevo libro que ha comenzado a leer.

—Tú siempre tan despreocupado —le reprocha su mujer—, es la hora de la cena por si no te has dado cuenta. Voy a decirle a Sara que se quede con nosotros y luego ellas que sigan hablando de sus cosas, pero tendrán que cenar, digo yo.

Martina no espera contestación de su marido y este sonríe cuando la ve levantarse por el rabillo del ojo. A veces es muy insistente y también bastante cotilla, pero también una buena madre para Tania y la mujer más atenta y cariñosa del mundo. Miguel no se imagina su vida al lado de nadie que no sea Martina.

Cuando Martina llega a la puerta de la habitación aguza el oído porque no quiere interrumpir ninguna conversación. Al no escuchar nada, da por hecho que Tania le estará mostrando algo en el ordenador, seguramente alguna web de esas de crónica negra que tanto sigue y que seguro que a Sara también le gusta.

—Tania, vengo... —anuncia Martina en cuanto abre la puerta.

Se calla de golpe y le es imposible cerrar la boca cuando ve a Tania y a Sara abrazadas y adormiladas en su cama. Mientras ella sigue ahí petrificada sintiéndose incapaz de mover un solo músculo, las dos jóvenes abren los ojos y se sobresaltan al verla a ella. Sara se pone en pie casi de un salto y Tania, todavía atontada por el sueño, mira en todas direcciones tratando de procesar lo que sucede.

—Lo siento, señora Montoya —se disculpa Sara más roja de lo que Tania la ha visto nunca—, estábamos hablando y nos ha vencido el sueño.

Martina no puede evitar escanear a ambas chicas de arriba abajo en busca de alguna evidencia de que haya sucedido nada más, pero al verlas completamente vestidas, se tranquiliza, aunque no del todo, porque ella en la cama solo habla con su marido.

—Lo siento, mamá —añade Tania azorada cuando es consciente de lo que acaba de suceder.

—No pasa nada, estáis cansadas y es normal que tengáis sueño —dice ella para salir del paso—, solo venía para decirte que te quedes a cenar, Sara, es tarde y tendrás hambre —la invita de forma sincera.

—Se lo agradezco, pero creo que será mejor que me marche —responde tras tomar mucho aire y expulsarlo lentamente—, mi padre seguro que tiene la cena preparada.

—Sabes que no —interviene Tania dejando a su madre descolocada—, venga, quédate y te vas después de cenar —le insiste tras ponerse en pie.

—Claro, Sara —dice Martina al percibir con su instinto de madre, que Sara tiene algún problema en casa—, he hecho pizza casera y me sale muy rica, no te puedes ir sin probarla.

—Estaría muy feo —le sonríe Tania.

—Está bien, muchas gracias —acepta Sara.

—Perfecto, en diez minutos os quiero abajo —zanja Martina antes de salir de la habitación.

—Madre mía, Tania —dice Sara con los ojos como platos—, siento que nos haya sorprendido así.

—No pasa nada —dice Tania sorprendida de su propia tranquilidad—, tarde o temprano tenía que hablar con ella y decirle que no me voy a casar con un hombre como sé que ella espera —añade con gesto divertido—, hablaré con ella después, no te preocupes, de verdad.

Sara se pone sus zapatillas de deporte y Tania las de estar por casa.

—¿Cuándo tienes pensado irte con tu tía? —le pregunta Tania antes de salir de la habitación.

—La semana que viene cuando acaben las últimas clases del semestre. Vendré a hacer los exámenes finales y de esa forma salvaré medio curso. Creo que eso es lo mejor —medita Sara, que todavía no tiene nada claro lo que hacer.

—Una semana —sonríe Tania—, en ese tiempo tenemos que encontrar una solución, no voy a permitir que te marches.

Tras eso, le da un beso en los labios que hace temblar a Sara y le hace un gesto para que la siga hasta que las dos bajan a la cocina hipnotizadas por el olor que sale del horno.

Capítulo 16

Sara agradece la cena cuando terminan y ayuda a Martina a llevar los platos a la cocina. Los padres de Tania la han hecho sentirse como si fuese una más de la familia y se lamenta de que su padre y su hermano no puedan hacer lo mismo por ella.

—Tenía razón, la pizza estaba buenísima, la mejor que he probado —le dice Sara todavía relamiéndose.

—Pues estás invitada a cenar siempre que vengas, Sara, solo tienes que decirme que te quedas cuando llegues y yo preparo un poco más de lo que sea.

Sara le sonríe sin saber qué más decir. Tras despedirse de Martina y Miguel, Tania la acompaña hasta el coche para tener otros segundos de intimidad con ella.

—Espero que no tengas problemas con tu padre por haberte quedado.

—No te preocupes, le diré que me he encontrado con una vieja amiga que ya no vive aquí, a veces lo hago cuando no tengo ganas de volver pronto. Yo espero que la conversación con tu madre sea leve.

—Yo también —dice Tania, que conforme se acerca el momento, se va poniendo más nerviosa.

—Seguro que sí —Sara le da un beso, no sin antes mirar a un lado y a otro para asegurarse de que su hermano no está cerca. Sabe que a esas horas es imposible, pero le puede la costumbre.

Cuando Tania entra en su casa, el corazón le martillea el pecho de un modo que le parece sobrehumano. Cierra la puerta y mira fijamente hacia sus padres, que la esperan sentados en el sofá.

Martina le ha explicado antes a Miguel como ha encontrado a su hija y a Sara cuando ha entrado en la habitación. Ninguno de los dos ha hecho comentario alguno al respecto porque enseguida han bajado Tania y Sara para cenar y no han tenido tiempo de hablar entre ellos.

Después, simplemente se han permitido disfrutar de una cena tranquila y de valorar, cada uno por su lado, las miradas irrefrenables que su hija y Sara se dedicaban de forma inconsciente. A Martina le ha recordado sus inicios con su marido, cuando no había nada para ella que no fuese él y el corazón se le salía del pecho cada vez que lo tenía cerca. Miguel se ha sentido extraño, jamás había sospechado que Tania sintiese atracción por las mujeres y piensa en que su mujer tiene razón cuando le reprocha que no presta atención a los detalles de lo que sucede a su alrededor.

—¿Te has sentido incómoda alguna vez? —la pregunta de Miguel a Tania las deja perplejas a ella y a su madre.

Tania se sienta frente a ellos y traga saliva sin acabar de comprender.

—¿Te refieres con vosotros? —pregunta precavida.

—Sí, me refiero a si alguna vez tu madre o yo hemos hecho algún comentario desafortunado que te haya podido molestar, porque si es así, lo siento. Sabes que nosotros no tenemos ningún problema con esas cosas.

Martina comienza a llorar de repente. No lo hace porque a su hija le gusten las

mujeres, ya que, en el fondo, ella siempre ha sabido que Tania mostraba demasiada tendencia hacia su mismo género. No la ha visto mostrar interés por los hombres nunca y ahora se siente mal por haber pensado únicamente en futuros yernos sin atreverse a contemplar la posibilidad de que fuesen nueras. Pero Martina no llora por eso, lo hace porque le daba pánico la reacción de Miguel, es un tema del que jamás han hablado, algo que nunca se han planteado y temía que dijese algo que le causase dolor a su hija.

—Nunca me ha molestado nada, papá —asegura Tania sin dejar de mirar a su madre con gesto compungido.

Miguel se gira hacia su mujer, que se sorbe los mocos entre hipidos descontrolados sin saber qué decir.

—¿Lloras por mi culpa, mamá? —pregunta Tania con un nudo en la garganta.

Martina niega contundente mientras se aferra a la mano que le tiende su marido como si fuese un salvavidas.

—Lloro porque soy feliz, Tania, y estoy muy orgullosa de ti —consigue decir por fin.

—¿Entonces no estáis enfadados? —pregunta con la necesidad de asegurarse.

—Me enfadaré si Sara te hace daño —suelta Miguel—, esa chica me cae bien, pero como te haga algo le reventaré la cabeza como un tomate —afirma convencido.

Martina cambia los sollozos por un ataque de risa del que se contagia también Tania.

—Ojalá el padre de Sara fuese como vosotros —les dice cuando los tres se calman.

—¿Tiene problemas en casa? —se interesa Martina.

Tania les explica a sus padres todo lo que le ha contado Sara, incluso el vacío que siente cada vez que piensa en que si se va a vivir con su tía, no podrán verse y poco a poco, por mucho que se esfuercen, lo que tienen ahora acabará desapareciendo.

—Ya verás como todo se soluciona —le dice Martina abrazándola, y esa noche, Miguel y ella no duermen preocupados porque a su hija le rompan el corazón antes de tiempo.

Todo por culpa de un homófobo que no se da cuenta de que la sociedad avanza.

Capítulo 17

Tania se pasa las primeras horas taciturna y absorta sin dejar de darle vueltas a la situación de Sara en busca de una solución. Necesita ayudarla y a la vez se siente mal porque piensa que a lo mejor es un acto egoísta por su parte. Es evidente que no quiere que se marche, pero ¿realmente quiere que se quede si tiene que sufrir las humillaciones de su padre y el acoso de su hermano?

—¿Me vas a contar lo que te pasa de una vez? —le pregunta Marta dándole un codazo.

Tania la mira aturdida, tanto que se queda embobada observando las facciones de su amiga hasta que una idea muy descabellada se le pasa por la cabeza, justo cuando la profesora anuncia el final de la clase y el inicio del descanso para ir a desayunar.

—Ahora no puedo —dice Tania poniéndose en pie—, pero necesito hablar contigo y con Abel esta tarde cuando salga de trabajar. ¿Puedes decírselo y nos vemos en la churrería?

—Claro —dice Marta descolocada—, ¿a dónde vas ahora? —pregunta casi gritando cuando Tania se dirige a la puerta.

—Tengo algo que hacer, nos vemos después.

Tania corre por el pasillo y sube de dos en dos las escaleras que llevan a la planta donde están las aulas de tercero. Justo cuando llega al rellano, ve salir a Jorge con una compañera. Se detiene en seco y se esconde detrás de una columna haciendo ver que ojea el móvil para que no la vea, lo último que necesita Sara es que ella le cause más problemas.

Cuando Jorge baja las escaleras, Tania sale de detrás de la columna y ve a Sara dirigirse hacia el baño. Camina cerca de la pared con la cabeza gacha tratando de pasar lo más desapercibida posible hasta que entra también en el baño. Siente alivio al hacerlo, como si hubiese logrado dar esquinazo a sus perseguidores. Dentro del baño hay una chica lavándose las manos y otras dos que se atusan el pelo frente al espejo, Sara es una de ellas.

Tania ve abierta la puerta del baño que hay frente al espejo donde está Sara y va hacia allí sin que esta se percate. Se mete dentro sin cerrar la puerta y cuando Sara termina y está lista para salir, Tania saca un brazo y tira de ella hacia dentro del baño sin que la otra chica que había cerca de Sara se percate.

—Shhh —dice sonriendo Tania ante el susto inicial de Sara.

—¿Qué haces? ¿Estás loca? —sonríe Sara divertida, conteniendo la voz para que nadie la escuche.

—Quería verte —se encoge de hombros Tania con gesto inocente.

—Mi hermano podría verte...

El tono de Sara no es de reproche, más bien parece algo informativo, porque, en realidad, ahora mismo, que las vea su hermano le importa un bledo. La acción de Tania la ha sorprendido y excitado como no se hubiese imaginado.

—No me ha visto —asegura Tania con gesto travieso—, le he dado esquinazo.

—Qué le den a mi hermano.

Sara pega a Tania contra la pared y aprieta su cuerpo contra ella con toda la intención. Necesita que note lo mucho que le ha gustado su visita y, cuando Tania escucha sus jadeos

en medio de un beso húmedo que la está dejando sin aliento, se deja llevar por ese deseo febril que siente, permitiendo que la mano de Sara se cuele por su pantalón hasta tocar la tela de sus bragas.

—No es el sitio que había imaginado para nuestra primera vez —jadea Sara—, pero ya no me aguanto.

Tania no puede estar más de acuerdo, y se lo demuestra imitando todo lo que ella le hace para no pecar de primeriza con una mujer.

Minutos y mucho calor después, Sara es la primera en salir del baño y hacerle un gesto a Tania para que salga también. Por suerte, en la hora del desayuno es raro encontrar alumnos por los pasillos o en el baño. Las dos se lavan las manos entre sonrisas cómplices mirándose a través del espejo y después Tania se lava la cara para refrescarse y bajar el rubor que hay en sus mejillas. Sara le acaricia el cuello y le da un beso mientras se seca.

—¿Estás bien? —le susurra haciéndola temblar.

—Mejor que nunca, aunque no venía para esto —se ríe Tania.

—No me digas que a estas alturas te arrepientes —bromea Sara.

—Qué va, al contrario, estoy deseando repetir. Solo venía para decirte que tengo una idea que puede que mejore tu situación, aunque primero tengo que hablar con Marta.

—¿Con Marta? —se sorprende Sara.

—Sí, tú solo dame tiempo, prométeme que no te irás a ninguna parte todavía.

—Ya te dije que hasta el fin de semana no tenía pensado hacer nada.

—De acuerdo, solo quería asegurarme.

Tania y Sara se despiden, han consumido todo el tiempo y se han quedado sin desayunar, sin embargo, ambas están de acuerdo en que ha merecido la pena.

Cuando Tania sale del trabajo encuentra a Marta y a Abel esperándola en la churrería, puede percibir la tensión entre ambos a lo lejos y resopla pensando en la injusticia. Ellos dos están ahí, podrían estar juntos sin problemas y ninguno de los dos mueve un dedo para conseguirlo, en cambio, ella y Sara, que se mueren por no separarse, tienen un enorme obstáculo ante ellas; el padre de Sara.

—Necesito vuestra ayuda —dice sin preámbulos en cuanto toma asiento.

—¿Para qué? ¿Qué ocurre? —pregunta Abel con el ceño fruncido.

Al igual que hizo anoche con sus padres, ahora Tania les relata la situación de Sara a sus amigos entre suspiros de desesperación.

—Joder, ¿en serio es tan hijo de puta? —se enfada Abel refiriéndose a Jorge.

—Tú lo sabrás mejor que nadie, que te has liado con varias de su grupo —escupe Marta aprovechando la situación.

—Esto..., es igual —se interrumpe Abel sabiendo que cualquier justificación es una batalla perdida con Marta—, no lo conozco de ese modo, y sabiendo esto os aseguro que no tengo ningún interés en conocerlo más.

—¿Cómo podemos ayudaros, Tania? —le pregunta Marta clavando su mirada sincera en ella.

—Sé que es una barbaridad lo que te voy a pedir, Abel, pero si tú fingieses ser su novio hasta final de curso, podría terminar el año y ganar tiempo para buscar una solución —titubea mordiéndose el labio—. No tendríais que hacer nada, obviamente, solo dejaros ver juntos en actitud cariñosa para que su hermano deje de perseguirla como si fuese un delincuente.

—Cuenta con ello —responde Abel tajante.

—¿En serio?

—Sí, claro, Tania. No me cuesta nada hacer ese papel en la universidad o en la fiesta.

—Claro —añade Marta—, si quieres tú y yo podemos fingir lo mismo, así será más creíble.

—¿Fingirías que eres mi novia? —pregunta Tania atónita.

—¿Por qué no? Eres mi amiga y ese tío un cabronazo, si con eso dejan tranquila a Sara una temporada, no veo dónde está el problema.

—Vaya, yo había pensado que tú nos cubrieses un poco entreteniendo a Jorge para dejarnos momentos a solas, pero lo que dices es una idea genial, solo espero que Sara esté de acuerdo.

—¿No se lo has preguntado? —se sorprende Marta.

—No podía sin hablar primero con vosotros.

—Ya, tienes razón.

—Perfecto entonces —zanja Abel—, a partir de mañana nos daremos la mano para pasear por el campus —bromea divertido.

—Tampoco te pases, primero tengo que hablar con ella —sonríe Tania agradecida por tener unos amigos como ellos.

Cuando se despiden, Tania le envía un mensaje a Sara de camino a su casa. No quiere llamarla por si está con su padre o su hermano, pero segundos después, recibe su llamada y le explica su plan.

—No sé si funcionará, mi hermano no es tonto.

—Ya has fingido tener novia otras veces, Sara, colará, y si yo finjo estar con Marta no tendrá motivos para pensar que entre tú y yo haya nada.

—Está bien, si ellos están de acuerdo, intentémoslo.

Sara agradece el detalle de los amigos de Tania. El plan le parece una jodida locura y sabe que tarde o temprano su hermano los acabará descubriendo en algún descuido, pero se agarrará a cualquier posibilidad si eso le da más tiempo con Tania.

Capítulo 18

El jueves a primera hora Marta cumple a rajatabla su pacto con Tania. Llega hasta ella, le da un beso en la mejilla y después un abrazo, la complicidad que hay entre ambas hace el resto cuando permanecen unidas más de la cuenta.

—Todavía no estoy preparada para comerte el morro —ríe Marta sin despegarse de Tania.

—No es necesario que te metas tanto en el papel, a ver si al final vas a enamorarte —sigue la broma Tania.

—Al menos me vas bien para entrar en calor —añade Marta muerta de frío.

En ese momento Abel y Sara llegan caminando juntos de la mano. Ellos sí que se han dado un casto beso en los labios. No era algo que tuviesen planeado, pero justo cuando Sara ha llegado donde ella había acordado esperarlo, ha visto pasar a su hermano y en un acto impulsivo, se ha lanzado sobre él para hacerlo todo más creíble. Jorge los ha mirado tan sorprendido como incrédulo, está convencido de haber visto a su hermana en actitud cariñosa con la amiga de Abel, pero lo que ve ahora lo hace dudar.

—¿Desde cuándo está mi hermana con ese? —se pregunta en voz alta.

—Hace días que tu hermana pasa mucho tiempo con esos de primero —contesta su amiga sin darle mayor importancia.

Observa caminar a su hermana junto a Abel hasta que llegan donde las otras dos los esperan y se saludan con dos besos.

—Vámonos—le dice a su amiga con la mandíbula tensa.

—¿En serio estás con ese? —le pregunta Jorge a Sara en cuanto llegan a su casa.

—¿Por qué no te metes en tus cosas y dejas de agobiarme? —contesta Sara con desdén, tratando de que su historia sea lo más creíble posible.

—Creía que eras bollera.

Jorge la mira con la misma cara de asco que suele poner su padre cuando sale un tema así. A Sara le cuesta entender como alguien de la edad de Jorge, que lleva años viendo a compañeros y compañeras del mismo sexo mantener una relación sentimental, sea tan cerrado y se niegue a ver que su amor es tan real como el de cualquiera.

—Yo me enamoro de las personas, quizá si tú hicieras lo mismo y dejases de ser tan superficial, no tendrías esa cara de amargado. Papá algún día no estará, ¿de verdad piensas que alguien más se alegrará de que seas un homófobo y un retraído? Despierta, Jorge, la vida hay que vivirla al lado de quienes nos hacen sentir bien con nosotros mismos, da igual si son hombres o mujeres.

—Eres una enferma —suelta su hermano mirándola de arriba abajo antes de encerrarse en su habitación.

Sara sonríe para sí, porque sabe que la mentira ha colado. Ya la había visto con otros chicos antes, así que tampoco es nuevo para él.

El viernes es el último día de clases antes de las vacaciones de Navidad y todos están

eufóricos. Todo el grupo sigue fingiendo de cara a la galería, pero cuando están en la cafetería, Tania y Sara se sientan frente a las que supuestamente son sus respectivas parejas, lo que las lleva a estar una al lado de la otra y les permite rozarse sutilmente de vez en cuando. Gracias a la complicidad de Abel y Marta, pueden tener algún momento de besos en los baños y también disfrutar de la soledad en la habitación de Tania cuando Sara va a darle clases. El jueves también se quedó a cenar a petición de Martina.

—Creo que Tania ya no necesita más clases de refuerzo —les anunció Sara en mitad de la cena—, gracias al trabajo que ha presentado, ha subido un poco la nota del examen anterior, y ahora estoy segura de que es muy capaz de aprobar el final sin mí. Todo lo que necesita es estudiar y memorizar, los conceptos los tiene claros —dijo mirándola con orgullo.

—Me gusta que seas así de sensata, Sara —la alabó Miguel—, pero si a ti no te importa, nos gustaría que siguieses viniendo para ayudarla a repasar.

—Cierto —añadió Martina—, ahora que va tan bien, es mejor que siga con la rutina para que no se acomode y pierda el hilo.

Tania miró a sus padres agradecida, sabía de sobra que si hacían eso, era para que Sara siguiese cobrando unas clases que ella ya no necesitaba. Y poder ayudarla a ahorrar por si llegaba el momento en el que tenía que salir de su casa.

—Está bien, pero solo hasta el examen final —aceptó Sara.

Ahora están en la fiesta. Los cuatro han llegado juntos y Abel les ha presentado a muchos de sus amigos. Sara se ha acercado al grupo de su hermano. Pese a que existe mucha tensión entre ellos, tiene buenos amigos ahí a los que les ha presentado a Abel para aumentar la credibilidad y con los que han hablado un rato. Mientras, Marta y Tania se han quedado solas en medio de la muchedumbre sin que Marta deje de mirar a Abel. Sabe que todo es una pantomima para ayudar a su amiga, pero cada vez que ve a Abel cogido de la mano de Sara o este le pasa el brazo por encima de los hombros, se la comen los celos. Por otra parte, Sara ha percibido la misma actitud en Abel y, aunque no tiene la misma confianza con él que Tania, no duda en preguntarle.

—¿Te gusta Marta? —suelta Sara directa como una bala.

—¿Qué dices? —responde Abel nervioso.

Sara lo coge de un brazo y tira de él hasta el porche de la casa.

—Sara, aquí hace un frío de cojones, ¿por qué hemos salido? —pregunta Abel frotándose los brazos cubiertos tan solo por una camisa.

—Hemos salido para hablar. No me has contestado —contesta Sara tiritando.

Sabe que no debería meterse en algo que no le incumbe, pero también sabe lo importante que es Marta para Tania y lo mal que lo está pasando debido a sus sentimientos por Abel.

—Puede que me guste un poco —reconoce Abel con la boca pequeña.

Según le ha dicho Tania, Abel nunca ha sido alguien a quien le guste hablar de sentimientos, así que Sara deduce que si está haciéndole esa confesión, es porque Marta no le gusta un poco, le gusta mucho, y eso la hace sonreír aliviada.

—¿Y por qué no se lo dices?

—Porque siempre está enfadada conmigo, Sara, cada vez que abro la boca se ofende. No sé cómo tratarla, me va a volver loco.

—Bueno, reconoce que estar liándote con unas y con otras delante de ella no es la mejor estrategia para conquistarla.

—Ya, soy un gilipollas. Yo solo quiero llamar su atención y comprobar si está celosa, pero lo único que percibo en ella es esa mirada de reproche por mi actitud.

Sara se ríe pensando en lo absurdo de la situación.

—Tienes que hablar con ella, Abel, y tienes que hacerlo hoy, lo digo en serio.

—¿Crees que tengo alguna posibilidad?

—Es imposible saberlo si no se lo preguntas —responde sin delatar a Marta—, os vi muy bien durante la carrera, tenéis una complicidad única.

—Sí, pero después se enfadó y desapareció sin dar explicaciones.

—Porque te vio con Nerea.

—¿En serio? Nerea y yo solo somos amigos, tuvimos un rollo tonto que no pasó de ahí y ahora nos llevamos bien.

—Pero eso Marta no lo sabe, ella solo conoce la versión de que os enrollasteis.

—Veo que Tania te ha puesto al día —dice con una mueca—. ¿Entonces te pareció que se puso celosa? —sonríe Abel.

—Es posible, y ahora no te pongas gallito y ve a hablar con ella.

—De acuerdo, pero este no es buen sitio, si me ven hablando con ella y dejarte a ti sola con Tania puede ser una cagada. Recuerda que tu hermano está por aquí.

—Cierto —dice Sara pensativa.

—Vamos dentro, le diré a Marta que vaya a una de las habitaciones con Tania para que tengáis un poco de intimidad. Aceptará encantada para daros ese tiempo y yo aprovecharé para hablar con ella —decide Abel.

Sara y Abel son los primeros en entrar en la habitación que el amigo de este último les ha dicho que pueden utilizar. Un par de minutos después y con la precaución de que nadie las vea, también lo han hecho Tania y Marta tal y como ha acordado ella con Abel hace un rato.

Cuando entran, Abel bloquea la puerta con una silla y coge a Marta de la mano tirando de ella hacia el baño que hay dentro de la habitación.

—Llamaremos a la puerta antes de salir para no ver nada que nos pueda provocar un trauma —anuncia Abel antes de encerrarse en el baño con Marta.

—No me parece el mejor sitio ni creo que sea apropiado con ellos ahí —dice Sara un poco desconcertada.

—Estoy de acuerdo, no me sentiría cómoda —añade Tania.

—¿Entonces qué hacemos aquí? Podríamos habernos marchado y quedarnos a solas en tu coche —pregunta Tania cada vez más confusa.

—Estamos aquí por ellos —responde Sara mientras piensa en lo mucho que le gustaría estar en ese coche ahora.

Tania sonríe mirando la puerta del baño y comprende que ahora les toca a ellos ayudar a sus amigos.

—Bueno, pero sí que podemos estar juntas y charlar un rato.

Sara se tumba en la cama colocando un pie encima del otro y le señala su pecho a Tania, invitándola a acomodarse junto a ella. Cuando Tania se tumba, Sara empieza a explicarle la conversación con su amigo.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos que darles? —pregunta Marta nerviosa por estar encerrada en un lugar tan pequeño con Abel, el chico del que está enamorada.

—No estamos aquí por ellas —afirma Abel mirándola fijamente.

—¿No? No entiendo nada...

Marta se pone más nerviosa y ella misma se acorrala contra la pared.

—Estamos aquí porque quiero hablar contigo.

Cuando Abel hablaba con Sara al respecto, le parecía que todo era mucho más fácil, pero ahora que tiene a Marta delante y están a solas, nota como la garganta se le seca y tiene que carraspear varias veces para aclararse y que no le salga la voz ronca.

—¿Hablar sobre qué?

A Marta comienzan a temblarle las piernas como si su cuerpo anticipase lo que viene, en cambio, su mente es una jauría de voces que tratan de adivinar qué puede querer decirle Abel.

Abel la mira hipnotizado con la boca abierta, incapaz de vocalizar nada. Marta le parece especialmente guapa esta noche, en este momento en el que solo los separan unos pocos centímetros y las mejillas de ella están ardiendo como las de él.

—No te quedes callado, joder —se enfada ella cada vez más nerviosa.

Abel se siente incapaz de expresar todo lo que siente en ese momento. Ha pensado muchas veces en lo que le diría si tuviese el valor y la ocasión. Ahora tiene ambas cosas, pero se ha quedado en blanco porque solo puede mirar esos ojos negros que lo observan inquisitivos y esos labios rojos y brillantes que permanecen medio abiertos como si lo invitasen a explorar.

—¿Si te doy un beso me llevaré un guantazo? —pregunta sin pensar mientras se acerca a ella.

Marta comienza a temblar de anticipación y no responde, se limita a agarrar a Abel por la camisa hasta pegarle a ella lo suficiente para que sus labios puedan devorarse por fin. Después todo viene solo y sus cuerpos van mucho más allá de un solo beso. Son ellos los que tienen que controlar sus gemidos y ellos los que después de una explosión brutal de placer, se quedan abrazados mientras se confiesan entre susurros lo que sienten.

—Siento no haber tenido el valor de decírtelo antes —se lamenta Abel—, y también haber sido un capullo integral, pero si me das la oportunidad, te juro que te demuestro que la única que me ha importado siempre has sido tú.

Marta lo mira incapaz de decir nada, así que se limita a asentir con el rostro de Abel entre sus manos y después lo besa otra vez para calmar un poco esa adicción que le han provocado sus besos.

Capítulo 19

El domingo Abel y Marta han quedado para desayunar. Después de su momento en el baño, los cuatro amigos dieron por finalizada la fiesta y se marcharon. Marta con Tania y Abel con Sara, quedaron frente a la casa de ella para cambiarse de vehículos y después de que Tania y Sara se marchasen, ellos dos se quedaron en su coche más de dos horas, hablando y riendo con complicidad entre millones de besos.

Ahora están en la churrería donde suelen quedar con Tania algunas tardes y al terminar deciden dar un paseo por la ciudad. Lo hacen sin rumbo, cogidos de la mano y absortos de todo, solo pueden pensar en ellos y en lo que sienten. Marta llevaba tanto tiempo enamorada de Abel que todavía no puede creerse que sea él el que le acaba de pasar el brazo por encima de los hombros para pegarla a su cuerpo y darle un beso en la cabeza. Abel por su parte está como en una nube. Ha estado con muchas chicas antes de Marta, pero ni una sola lo ha hecho vibrar del modo que lo hace ella.

—Vaya, esto sí que no tiene desperdicio.

La voz a sus espaldas los paraliza en seco y se dan la vuelta a punto de escupir el corazón por la boca. Frente a ellos, encuentran a Jorge acompañado por un chico al que ninguno de los dos conocen.

—¿Sabe mi hermana que te follas a otra? —pregunta Jorge con una sonrisa macabra que hace estremecer a Marta—, uy, no, espera —dice saboreando el momento—, que es ella la que se está follando a otra, ¿verdad? Menudos idiotas —cabecea con media sonrisa—, la verdad es que por un momento llegué a creérmelo. Mi hermana es una cerda que no distingue la carne del pescado, pero estaba claro que es más de pescado y está con la niñata esa, ¿Tania? Sí, Tania. Estoy deseando ver la cara de mi padre cuando se entere de la tomadura de pelo.

—No le digas nada —le suplica Marta acercándose a él.

—Diré lo que me dé la gana, mi hermana no puede ir por ahí avergonzándonos sin que haya consecuencias, tiene que aprender de una vez.

—¿Avergonzaros? —repite Abel alucinado—, avergonzado estoy yo por compartir especie con alguien como tú.

—¡Ja! Ya quisiera esa pillar a un tío como yo —dice señalando a Marta de forma despectiva.

Abel está a punto de contestarle cuando Marta lo detiene.

—Déjalo, Abel, no merece la pena. Mi abuela siempre decía que a palabras necias hay que hacer oídos sordos.

Marta coge a Abel de la mano y tira de él alejándose de Jorge, que sigue gritando barbaridades a sus espaldas hasta que su acompañante logra que se calle.

—Joder, qué cagada —dice Marta angustiada cuando doblan la esquina.

—Tengo que llamar a Tania y avisarla —dice Abel con el móvil en la mano.

—Sí, hazlo, pero a él no podemos perderlo de vista, hemos de impedir que le cuente a su padre lo que ha visto o la pobre Sara acabará en urgencias otra vez.

Abel pulsa el botón de llamada a Tania al mismo tiempo que Marta lo coge de la

mano de nuevo y los dos caminan despacio siguiendo a Jorge.

—¿Qué pretendes hacer? —le susurra Abel perplejo antes de que Tania descuelgue.

—Tengo un plan.

En ese momento Tania responde la llamada y Abel le explica lo que ha pasado.

—Tienes que avisar a Sara, dile que se marche de su casa hasta que lo solucionemos.

—Sara está conmigo, hemos quedado para ir a correr —dice Tania nerviosa—, ¿cómo pretendéis solucionarlo?

—No tengo ni idea, Marta dice que tiene un plan, me está dando mucho miedo.

—¿Dónde está Sara? —le pregunta Marta a Abel.

—Con Tania.

Marta le quita el teléfono a Abel ante la mirada incrédula de este.

—Quédate con Sara y esperad a que os demos instrucciones —ordena, y cuelga sin apartar la mirada de Jorge, que se acaba de detener frente a la puerta del teatro municipal a leer la cartelera.

Marta tiene un plan muy descabellado y retorcido del que no se siente orgullosa, pero no tienen tiempo y eso es lo único que se le ocurre que puede funcionar.

—Vamos.

Otra vez tira de Abel y este la sigue con una mezcla de aturdimiento y diversión. Marta desprende un halo de misterio que hace que todavía se enamore un poco más de ella.

Se dirigen a paso rápido hacia donde está Jorge y Abel cada vez se siente más intrigado. Teme que Marta haga alguna barbaridad, pero después recuerda que es la más cabal de los tres y se tranquiliza un poco.

—¿Qué pretendes? —le susurra conteniendo la voz cuando casi están llegando a Jorge, que permanece de espaldas completamente ajeno a lo que se le viene encima.

—Algo que sin duda no te va a gustar, pero necesito que lo hagas —dice con el móvil en la mano.

—¿El qué?

Marta se pone de puntillas para susurrarle al oído, al principio Abel frunce el ceño, pero después sonríe.

—Está bien, se va a enterar ese cabrón.

—¿Sí? ¿No te importa? —pregunta Marta con una sonrisa malvada.

—Para nada, si quiere caldo, voy a darle dos tazas. Ahora vengo.

Marta, complacida y muy nerviosa, activa la cámara y pone el móvil a grabar la escena.

Jorge nota una presencia tras él justo cuando Abel llega a su altura y se gira.

—¿Qué coño haces aquí?

No tiene tiempo a decir o hacer nada antes de que Abel le sujete la cara entre sus manos con firmeza y le dé un beso en la boca que prolonga todo lo que puede antes de que Jorge lo empuje ante la mirada pasmada del chico que está con él.

—¿Te has vuelto loco?! Te voy a denunciar por acoso, pedazo de perturbado.

Esquivándolo cuando Jorge trata de empujarlo con toda su rabia, Abel le hace una señal a Marta y los dos salen corriendo sin detenerse hasta estar seguros de estar muy lejos y a salvo de los gritos de Jorge.

—¿Lo has grabado? —pregunta Abel casi sin aliento, dejándose caer en un banco.

Marta comienza a reír con ganas mientras afirma con la cabeza. Abel sonríe triunfante y suspira más relajado.

—Envíaselo a Tania —ordena, y Marta obedece orgullosa de su novio.

Una hora más tarde Jorge llega a su casa sofocado y rabioso, deseando que llegue su padre para contarle detalladamente lo sucedido con su hermana y pedirle, además, que tome medidas legales contra Abel por la humillación a la que lo ha sometido. Cuando cierra la puerta después de haber entrado, se lleva un susto al encontrar a Sara saliendo de la cocina con tranquilidad.

—Eres una puta degenerada, y a ese amigo tuyo lo voy a hundir como que me llamo Jorge —escupe con rabia.

—Tú no vas a hacer nada —dice Sara con tono neutro mientras saca el teléfono de su bolsillo—, tengo aquí un vídeo muy interesante. He sacado capturas y retocado algunas cosas. Abel y tú parecéis muy enamorados, ¿no crees?

Sara le muestra la pantalla, ha tomado diferentes capturas y modificado el fondo en algunas de ellas. De manera que parece que han sido tomadas en momentos diferentes.

—¡Dame eso!

Jorge trata de arrebatarse el teléfono a Sara sin éxito, él es más alto, pero ella más rápida y ágil.

—Tengo copias en varios sitios diferentes, lo digo por si intentas robarme el móvil por las noches o entrar en mi portátil —le aclara con mirada gélida—, no me siento orgullosa de esto, sin embargo, no me dejas otra opción. Te lo pondré fácil, deja de joderme y no te metas en mi vida ni en la de Tania.

—Eres una desgraciada —murmura rabioso entre dientes.

—Me sentía así cuando solo os tenía a ti y a papá, pero ahora tengo a Tania y tú no te vas a entrometer más ni se lo dirás a nuestro padre.

Jorge aprieta la mandíbula y expulsa el aire por la nariz mientras asume que está jodido, su hermana lo tiene pillado.

—Haz lo que te digo y yo te juro que nadie verá esto nunca, abre la boca y no solo se lo enseñaré a papá, también lo subiré a las redes de forma masiva y para cuando te des cuenta, ya lo habrán visto todos tus amigos y compañeros —amenaza Sara—, solo quiero terminar la carrera, después buscaré trabajo y me marcharé de casa. Piénsalo, un año y medio de silencio y después no me verás más.

—Está bien —acepta frustrado—, pero sé discreta con la niñata esa, porque si esto llega a nuestro padre por otras vías yo no tengo intención de hacer nada al respecto.

—Sí que lo harás —afirma Sara haciendo que Jorge resople de rabia—, yo seré todo lo discreta que pueda, pero si llega a suceder, tú intercederás a mi favor, porque de lo contrario...

Sara alza el móvil y también una ceja.

—Eres una cabrona —escupe Jorge antes de dirigirse a su habitación.

—Soy lo que me obligáis a ser —contesta Sara en voz alta.

Jorge se detiene y se queda de espaldas unos segundos como si sopesase sus palabras. Sara tiene la esperanza por un momento de que se vuelva y se disculpe, de que entre en razón. Jorge no lo hace, reemprende la marcha sin mirarla y se encierra en su habitación.

Capítulo 20

Satisfecha por su negociación con Jorge, Sara llama a Tania para decirle que todo ha ido bien y vuelven a quedar, esta vez con Abel y Marta para tomarse algo antes de la hora de la comida y hablar de lo sucedido.

—¿Ha funcionado? —pregunta Marta en cuanto todos están sentados en una terraza cubierta al lado de una estufa.

—Sí —responde Sara—, muchas gracias.

—Madre mía, menos mal —resopla Marta aliviada—, cuando lo hemos visto por poco nos ha dado un infarto. Siento mucho la metedura de pata, íbamos tan a lo nuestro que no hemos pensado en que si nos veía él o alguien de su grupo, todo el plan se iría al garete.

—No es culpa vuestra —dice Tania—, Sara y yo estábamos hablando sobre ese tema esta mañana. No podemos pedirlos que escondáis lo vuestro para proteger lo nuestro, no es justo. Pero todo se ha precipitado y lo que has hecho...

Tania se pone a reír sin dejar de mirar a Abel con asombro.

—Ha sido una pasada —ríe Abel—, si la hubieseis visto —añade mirando a Marta—, parecía una desquiciada persiguiendo a Jorge por la avenida. Ha habido un momento en que sospeché que lo iba a tirar por alguna alcantarilla.

Todos ríen, pero la risa de Sara es diferente, por primera vez en mucho tiempo se siente bien, arropada, sabe que con Tania y sus amigos puede ser ella dejando a un lado sus miedos para mostrarse tal y como es.

—Os tengo que dar las gracias —les dice a Marta y a Abel—, reconozco que cuando Tania me ha pasado el vídeo me he quedado atónita. No me veía capaz de chantajear a mi hermano con eso, pero después he pensado en lo que hubiese hecho él, o en todo lo que me hace, y se merece que le dé un poco de su propia medicina. Gracias a vosotros podré terminar la carrera y seguir ahorrando y dando clases por las tardes —añade removiendo el pelo de Tania en un gesto cariñoso—, en ese tiempo creo que puedo conseguir suficiente para alquilarme algo hasta que encuentre trabajo.

—Ha sido un placer —dice Marta sinceramente, lo que se calla es que ha disfrutado mucho jodiendo a Jorge.

Cuando se despiden de sus amigos, Tania y Sara van a comer a su casa. Martina le ha dicho esa mañana antes de salir que invitase a Sara, que iban a encargar pollos asados.

Tania supone que lo hacen para que ellas puedan pasar tiempo juntas y también para que Sara no tenga que estar tantas horas en su casa bajo el yugo de un padre y un hermano que la asfixian. Lo que no espera Tania es lo que sucede durante la comida.

—Tengo un amigo detective privado, no sé si Tania te lo ha comentado —dice Miguel dirigiéndose a Sara.

—No, no me ha dicho nada —dice sin comprender nada.

—El caso es que está saturado de trabajo y está pensando en contratar un ayudante que le eche una mano por las tardes con el papeleo. Sería preparar las facturas y ayudarle a redactar los informes de los casos y cosas así. Serían dos o tres horas cada día y paga muy bien.

Sara lo mira perpleja, con el corazón latiendo a mil por hora.

—Le he hablado de ti, si quieres el puesto es tuyo.

—¿En serio? —pregunta Sara a punto de llorar de la emoción.

—En serio.

—Me haría un favor enorme, señor Montoya —dice sintiendo ganas de abrazarlo.

—No es un favor, Sara. Él me ha preguntado si conozco a alguien responsable que necesite ganar un dinero extra, y tú lo eres, no te estoy haciendo un favor, te lo has ganado.

Tania no sabe qué decir ni cómo agradecerles a sus padres lo mucho que la están ayudando, así que simplemente se levanta y abraza a sus padres hasta casi cortarles la respiración mientras Sara los observa sintiendo una punzada de envidia sana.

Desde que su madre murió, se siente completamente huérfana de familia, pero acaba de encontrar otra con la de Tania.

Epílogo

18 meses después

—Cuidado con eso, es mi colección de coches de Fórmula Uno —dice Tania cuando Abel levanta una de las cajas de su habitación.

—Qué pesada eres, como vuelvas a abrir la boca te va a ayudar con la mudanza tu madre —protesta Abel.

—Yo también estoy pringando —dice Martina entrando en la habitación con un par de maletas vacías.

Tania y Abel sonríen mientras su madre las coloca sobre la cama.

Mientras tanto, en la calle, Sara está aparcando la furgoneta que le ha dejado su jefe para que puedan hacer la mudanza.

El último curso para Sara terminó hace dos meses y ahora trabaja a tiempo completo para ese detective. Resultó que a Sara lo que hacía ese hombre comenzó a fascinarla cuando un día le pidió como favor que lo acompañase a una vigilancia larga para así poder descansar algunas horas y turnarse con él. Desde entonces Sara se interesó por todos los procedimientos y se implicó de tal modo, que el detective Mateo le ofreció un puesto el mismo día que se matriculó, ya que sus estudios en Criminología le daban una experiencia que le era muy útil.

Tania ha terminado su segundo curso con unas notas muy aceptables porque siempre cuenta con la ayuda de Sara cuando le surgen dudas. Además de su trabajo por las tardes, se ha buscado uno para el verano, porque Sara y ella han decidido irse a vivir juntas. A pesar de que Jorge ha mantenido la boca cerrada y ellas han sido lo más discretas que han podido, la situación en casa de Sara con su padre es cada vez más insoportable.

—Estoy harta de esconderme, Tania —le dijo hace un par de semanas cuando aparcaron su coche en un mirador—, ya he terminado la carrera y tengo ahorrado bastante dinero, y ahora con mi nuevo empleo ganaré lo suficiente para mantenernos a las dos.

—¿A las dos? —preguntó Tania sintiendo como su corazón se desbocaba de alegría.

—Sí, a las dos —afirmó rotunda—, quiero que te vengas conmigo, si tú quieres, claro. Podemos alquilar algo que no esté muy lejos de la universidad para que no tengas que perder mucho tiempo en el trayecto.

—¿Lo dices en serio?

Sara la miró con la expresión más firme que Tania le había visto nunca.

—Yo también puedo colaborar, tengo dinero ahorrado del trabajo.

—¿Eso es un sí? —preguntó Sara con media sonrisa de satisfacción.

—Por supuesto.

—Ven aquí —Sara no le dio tiempo a moverse, la agarró por la camiseta y la atrajo hacia ella para besarla.

Y ahora están ahí, Marta ha acompañado a Sara a recoger las pocas cosas que se quiere llevar de su habitación y acaban de llegar a casa de Tania para recoger las suyas.

Han alquilado un diminuto apartamento en el centro. Se trata de un quinto sin ascensor en un edificio antiguo. Tan solo tiene una habitación y está muy dejado, pero no

pueden permitirse nada más caro.

Cuando la chica de la inmobiliaria se lo mostró, lo hizo con desgana, acostumbrada a que todos los posibles clientes rechazasen el apartamento y esperando a que ellas también lo hiciesen. Pero a Tania y Sara les bastó una mirada entre ellas para decidir que se quedaban. Ellas no buscaban comodidades, lo único que necesitan es estar juntas.

—Lo pintaremos y lo decoraremos a nuestro gusto, quedará genial —le aseguró Sara en un susurro el día que les entregaron las llaves.

—Lo sé —confirmó Tania.

Ahora los cuatro amigos están sentados en el suelo del comedor del apartamento, agotados después de haber subido todas las cajas por los cinco pisos.

—Nosotros nos aseguraremos de que nuestro edificio tenga ascensor —le dice Abel a Marta como si nada.

Ella lo mira con el corazón temblando de emoción, pero se controla y es Tania la que le guiña un ojo a su amiga con complicidad.

Cuando ellos se marchan, Tania sale al diminuto balcón y apoya los brazos en la baranda. Sara se pega a su espalda y la rodea por la cintura apoyando la barbilla en su hombro.

Había pensado en decirle lo mucho que la quiere y lo agradecida que está por tenerla en su vida, pero cuando Tania coloca sus manos sobre las suyas y las aprieta con esa intensidad que le llega hasta el alma, sabe que no hace falta.

FIN